

Hugo Velasquez Ormeño

*París,
amor y
coronavirus*



PARÍS, AMOR Y CORONAVIRUS

HUGO VELÁSQUEZ ORMEÑO

Autor: Hugo A. Velásquez Ormeño

Portada: Autor

Revisión: Alice J. Zúñiga Ríos, M.B.A.

Filología: Autor

Libro inscrito en Registro Nacional de la República de Costa Rica

Libro Registro Obras Literarias –

Tomo 25, Folio 72, Asiento 9980.

Fecha de Registro: 13-05-2020

Reservados todos los derechos.

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea éste mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro sin el previo permiso escrito del autor.

Edición: Mayo, 2020

DEDICATORIA

**A MIS HERMANOS,
JORGE, CAROLA, PERCY Y JAIME**

SINOPSIS

Relata sobre los amores y desamores de un grupo de jóvenes residentes de París durante el inicio de la pandemia por el coronavirus, y cómo ellos se vieron afectados por las medidas de restricción impuestas en Francia.

INDICE

- Capítulo I** 1 de marzo
- Capítulo II** André
- Capítulo III** 12 de marzo
- Capítulo IV** Louise
- Capítulo V** 13 de marzo
- Capítulo VI** Agnes
- Capítulo VII** 14 de marzo
- Capítulo VIII** Pauline
- Capítulo IX** 15 de marzo

París, amor y coronavirus

Capítulo I

11 de marzo

Era una fría mañana del mes de marzo en París, Claude estaba desayunando tranquilamente una taza de café acompañada con una rebanada de baguette untada de mantequilla y mermelada, disfrutaba cada sorbo del sabor amargo del café mientras miraba atentamente las noticias matutinas de su canal de televisión favorito; miró de reojo su reloj, aún le quedaban un par de minutos antes de salir de su departamento hacia el liceo donde impartía clases de Ciencias sociales. Se asomó a la ventana para fijarse en el cielo, estaba nublado, lo que coincidía con el pronóstico del tiempo de lluvias esporádicas por la mañana. Se puso la chaqueta de cuero y se cubrió el cuello con una bufanda roja estampada, obsequio de su madre. Antes de salir agarró su inseparable paraguas plegable y lo guardó en el maletín de mano donde llevaba sus apuntes para las clases del día. Él vivía en el segundo piso de uno de los históricos edificios Haussmann ubicado en el distrito o “arrondissement” de Passy. Al salir de su apartamento, se topó en las escaleras con una de las vecinas del piso superior que iba apresurada brincando a zancadas por los escalones.

-¡Buenos días! -la saludó Claude, dejándola pasar al ver que iba con prisa. Ella no le contestó, solamente se limitó a sonreírle. A pesar de vivir en el mismo edificio, él no había tenido oportunidad de entablar una conversación con ella; de todas maneras, de haber sucedido Claude no hubiera sabido qué decirle por no tener experiencia en asuntos de mujeres. Era tímido y se sentía intimidado al estar cerca de ellas; no obstante, fantaseaba que ella se arrojaba a sus brazos y lo colmaba de besos. Su fijación con su vecina anónima había iniciado hacia quince días cuando coincidieron en la entrada del edificio y accidentalmente se rozaron sus manos al alcanzar, ambos al mismo tiempo la manivela del portón principal. No se dijeron nada, él se sonrojó bajando la cabeza como para que no lo notara, ella continuó su camino hacia su departamento con una sonrisa en los labios por la impresión que le causó a su tímido vecino; Claude por su parte, la encontró excitante por su belleza y su manera grácil de desenvolverse. Desde entonces, estaba tratando de armarse de valor de hablar con ella apenas se diera la oportunidad. Albergaba la esperanza de que, por un golpe de suerte del destino, ella aceptara salir con él. Cuando salió del edificio, la vio que iba a paso apresurado a una cuadra de distancia, mientras él se dirigía hacia el lado opuesto hacia su trabajo.

Al llegar al liceo lo único que se hablaba entre los docentes y el estudiantado era la rápida propagación del coronavirus en Francia, el cual hasta ese momento superaba los quince mil casos y había causado más de seiscientos fallecidos. Antes de entrar al aula, la secretaria de la Dirección le entregó una nota del Director del liceo en la que se convocaba a todos los docentes a una reunión urgente al mediodía. El tema a tratar era en referencia a las nuevas medidas emitidas por el Ministerio de Salud. Claude no le dio mucha importancia a ese asunto y empezó a impartir clases como de costumbre; aunque, notó que la mayoría de los estudiantes estaban dispersos. Sin

decir nada, escribió en la pizarra: “11 de marzo”.

-¿Qué se sucedió un día como hoy? –preguntó a la clase, con el objetivo de integrarlos al tema del día y en la discusión de grupo.

-Nació Shurik’N del grupo IAM –le contestó uno de los estudiantes aficionado a la música rap, con lo cual obtuvo el aplauso de sus compañeros.

-No es la respuesta que buscaba –le contestó Claude, tratando de tranquilizarlos. Le hacía gracia la manera de pensamiento libre y sin temor a represalias de esta nueva generación, muy diferente a la suya donde eran reprochados al dar una mala respuesta.

-Nació Didier Drogba –le contestó otro que practicaba fútbol, produciendo la risa de otros.

-¡No! -se sonrió Claude, fanático al PSG, -mala respuesta; además jugaba por el OM (Olympique de Marseille); es el colmo que un Parisino sea hinchista de un equipo provinciano, más bien debería quitarte puntos -lo que provocó la risa de todos.

-Nació la actriz porno Nikki Anderson –dijo el comediante de la clase que se fijó rápidamente en efemérides del día en su celular, provocando el caos en el aula.

-Acabamos de enterarnos que eres aficionado a la pornografía, pero no -continuó tranquilamente Claude-. Es el día de los atentados de las estaciones de trenes en Madrid donde hirieron a más de 1,900 personas y causaron la muerte de cerca de 200. ¿Por qué es importante esta fecha?

-Marca el inicio de los atentados del grupo fundamentalista radical islámico en Europa –le contestó una alumna.

-Exactamente –la felicitó Claude, continuando con las preguntas al resto de la clase procurando involucrarlos en el tema de Historia contemporánea.

Pasada las 12 del mediodía, entraba al salón de reuniones el Director del liceo acompañado con su ayudante y la secretaria que llevaba un folder repleto de papeles.

-Disculpen la tardanza –dijo, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo que se asemejaba a un trapo de cocina. En su rostro se evidenciaba su cara de angustia-. Vengo de hablar con uno de los directores administrativos del despacho del ministro Jean-Michel Blanquer. Como ustedes sabrán, la semana pasada fueron cerradas 120 escuelas de primaria y secundaria en toda Francia, siendo las regiones más afectadas Oise y Morbihan. Hace un par de días en el liceo de Montreuil se reportó un alumno positivo con el CO-VID19, por lo que ordenaron poner a todo el alumnado en cuarentena; se me informa que están pensando de tomar las mismas medidas para todo el país, aunque el Ministro rechaza la idea de un cierre total de las escuelas; como verán, las cosas no pintan bien; además, el Ministerio de Salud reportó la triste noticia de 33 fallecidos hasta el día de hoy; y para colmo, un comunicado de la Organización Mundial de la Salud clasificó el contagio del coronavirus como pandemia. Me parece una barbaridad el no haberlo anunciado mucho antes, ahora este virus nos agarra a todos los franceses desprevenidos y vamos a sufrir nefastas consecuencias por su ineptitud; no obstante, se tiene previsto que mañana, el presidente Macron dará una declaración sobre este tema. De nuestra parte, debemos anticipar un cierre parcial o total del curso lectivo por la cuarentena, por lo que tienen prever de continuar las clases y evaluaciones por medio de video conferencias en los siguientes dos meses o hasta que finalice el curso lectivo.

El anuncio no agarró a nadie de sorpresa, ya lo habían anticipado según los comentarios de colegas de otros centros de enseñanza; más bien, algunos tomaron con relativa calma la noticia sobre la propagación del virus en diferentes regiones del país, por lo que sus preocupaciones en este momento se centraban más en la suspensión de sus vacaciones de primavera durante el mes de

abril, que en la enfermedad misma.

Después de terminar su jornada laboral, Claude decidió de ir a su cafetería favorita, para relajarse y deleitarse de una apetitosa tarta de fresa con una taza de café expreso; estaba antojado. Allí se sentía a gusto por el personal extremadamente amigable y servicial. Se acomodó en una de las mesas esquineras con vista a la calle, para disfrutar de su merienda vespertina y ver a la gente pasar; estaba distraído ojeando los mensajes en las redes sociales de su celular, cuando de repente se le acercó un hombre.

-Hola, me llamo André -le dijo, extendiéndole la mano.

-Hola, yo soy Claude -le contestó, sorprendido; tardó un par de segundos para reconocer a su vecino que residía en el penthouse.

-¿Me puedo sentar? -le señaló la silla de enfrente.

-Por favor, sírvase usted -Claude le respondió con cortesía, no salía de su asombro ante la inesperada intromisión.

-¿Vienes mucho aquí? -le preguntó, mientras colocaba su plato con un croissant de hojaldre relleno de chocolate y un vaso de citrón pressé (limón exprimido).

-En ocasiones, cuando el tiempo me lo permite.

-Es mi primera vez y estoy gratamente sorprendido de la variedad de pastelería -le dijo André, mirando con deleite a su postre-. Vivimos en el mismo edificio, ¿lo sabes?

-Sí, te he visto -dijo Claude tímidamente, notando que no le prestaba mucha atención por estar mirando alrededor suyo.

-¡Nada mejor que un poco de dulce para llenarse de energías!

El joven maestro lo oteaba extrañado; su acompañante era un hombre bien parecido y atlético, se asemejaba bastante al actor Henry Cavill, tanto que incluso podría ser su doble; se desenvolvía con calma y con una tremenda seguridad en sus movimientos; proyecta una mirada coqueta mientras desplegaba una sonrisa pícaro, que incluso pudiera considerarse arrogante; mostraba estar consciente de su atractivo físico al sexo opuesto y de que podía darse el lujo de escoger a la pareja de su conveniencia; vestía elegantemente con ropa deportiva, a Claude le llamó la atención su fino calzado de cuero como señal de su alto nivel económico, definitivamente Claude no era ningún match para él.

-¿Llevas mucho tiempo en París? -le preguntó André, tras notar su dejo campesino y mirando desinteresadamente alrededor en busca de alguna otra cara conocida.

-Seis años -le respondió Claude obedientemente; estaba curioso por saber a dónde iba a llegar la conversación; observó que su vecino tenía más o menos la misma edad que él y no llevaba una alianza, concluyendo que no tenía hijos; por lo tanto, no requería ayuda o favores en la docencia de menores; entonces, ¿qué estaba haciendo él ahí, sentados en la misma mesa? ¿Qué buscaba? ¿Sólo conversar?

-¿A qué te dedicas, Claude? -seguía figoneando André, sin darle mucha importancia al hecho de que la pregunta fuera impertinente para alguien a quien acababa de conocer.

-Imparto clases de Ciencias sociales en el liceo.

-Un maestro, ¡excelente! Una vocación muy noble, la de transmitir conocimientos a la joven generación -comentó mientras cortaba con sus manos un pedazo del croissant y se lo llevaba a la boca; luego sacó una tarjeta de presentación de su chaqueta y se la entregó-. Yo soy ingeniero de sistemas y director en el área de distribución de una empresa multinacional en Nanterre; ahí tienes mi número por si necesitas algo, la misma oferta va para el liceo donde trabajas.

-Muchas gracias. ¿Eres Parisino? -se atrevió a preguntarle Claude, sintiéndose un poco

más confiado.

-No, soy de Essonne; aunque ya llevo casi diez años viviendo en París. ¿Dónde estudiaste? -le preguntó, enfocándose en su interlocutor.

-En la Universidad de París 8 de Vincennes à Saint Denis, allí hice mis estudios en Humanidades y en Educación.

-Excelente universidad –dijo levantando su vaso de citrón pressé y chocando la taza de café de Claude, celebrando con un “salud” para romper el hielo y hacer que se sintiera más relajado-. Si no me equivoco, de ahí viene el dicho por el general De Gaulle: “Vincennes es para los alborotadores”.

-¡Je!, ¡je! -se sonrió Claude-, esa era otra época; ahora el ambiente está más calmado. ¿A cuál universidad fuiste?

-Yo estudié en la Universidad de París 1 Pantheon – Sorbonne, donde me gradué con altos honores de la facultad de Informática.

-Magnifico, supongo que te va muy bien, ya que vivimos en un mundo totalmente computarizado y de realidad virtual.

-No me puedo quejar; logro cubrir todas mis necesidades y un poco más. ¿Tus padres viven? -empezó a indagar un poco más sobre Claude ya que su personalidad le resultaba agradable, lo percibía como un tipo sin maldad, se pudiera decir hasta inocentón.

-Sí, ellos tienen una pequeña granja cercana a la ciudad de Provins en Seine-et-Marne y se dedican a la elaboración mermeladas y dulces de rosas.

-Muy interesante. ¿Por qué no seguiste la tradición familiar?

-No era lo mío; además, para lo que se trabaja, el salario es muy bajo.

-¿Tienes hermanos?

-No, soy hijo único. ¿Y tú?

-Igual, hijo único.

-¿Tus padres?

-Los míos fallecieron en un accidente automovilístico cuando tenía ocho años.

-Lo siento mucho -dijo Claude, avergonzándose por la pregunta.

-Está bien, así es la ley de la vida -dijo sin inmutarse André-. Yo fui criado por mi tío paterno en Gometz-le-Châtel hasta los 15 años, luego me trasladé a París para prepararme para el Baccalauréat y entré a la Universidad de París.

-¿Qué opinas de esta nueva infección? -le preguntó Claude cambiando el tema y tocando un tema más actual.

-Va a ser terrible para los negocios, si es que el gobierno de Macron desea implementar las mismas medidas que se impusieron en China, es decir, una cuarentena total; de ser así, muchos negocios van a quebrar y gran número de personas se quedaran sin empleo; es un panorama muy tétrico. Habría que esperar -comentó André pensativo; no le gustaba hablar de cosas negativas, esa no era su naturaleza-. En tu caso, muchas instituciones educativas se verán afectadas por los contagios, que según he escuchado, ya se han confirmado varios casos positivos en alumnos de diferentes escuelas en Francia; incluso, se corre el rumor de que van a cerrar todas las escuelas.

-Yo también he escuchado eso; muchos de mis colegas están asustados ante esa perspectiva.

-Bueno, fue un placer charlar contigo -le dijo André, levantándose después de terminar su postre, y sin dar explicaciones-. Otro día seguimos la conversación.

-El placer ha sido todo mío -le respondió Claude, estrechándole la mano. Después de

todo, su vecino le resultó simpático y le alegró saber que no quería otra cosa que conversar.

Capítulo II

André

André había crecido en el pequeño pueblo de Gometz-le-Châtel, aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en la Ville d’Orsay visitando a sus amigos; era una distancia relativamente corta de 4 kilómetros entre ambas comunas, la cual solía recorrer en bicicleta. Cuando los compinches estaban aburridos, solían visitar los pueblos vecinos para hacer travesuras; ya los lugareños los tenían identificados como los terribles “Orcéens” y los vigilaban de cerca anticipando cualquier diablura; cuando la travesura era pasada de tono, algún vecino malhumorado los acusaba ante sus padres para que fueran reprendidos. A manera que crecían, ellos fueron dejando las pillerías y se reunían en la casa de uno de ellos para competir en los videos juegos. Igual que la mayoría de sus amigos, de ahí nació su predilección a la informática.

Él provenía de una familia acaudalada; tras la muerte de sus padres, su tío paterno se encargó de él y administró su herencia asegurándose de que continuara con los estudios hasta obtener un título universitario. Al cumplir los 18 años, a pesar de que legalmente se le consideraba mayor de edad, aceptó los términos de quien fue su guardián hasta ese entonces, y se acomodó para vivir con un estipendio limitado. Luego de 5 años de carrera y de haber concluido exitosamente los 300 créditos ECTS (European Credit Transfer and Accumulation System) requeridos, logra cumplir con su meta de obtener el título de Ingeniero en sistemas y además estar incluido en el cuadro de honor al obtener excelentes calificaciones. Ese mismo día, su tío, satisfecho por haber cumplido con los deseos de su hermano, le transfiere la mitad de la herencia a su cuenta personal para que André pudiera montar su propio negocio; la mitad restante sería abonada por partes en los siguientes 5 años, aconsejándole prudencia a la hora de los gastos; de todas maneras, tenía su futuro asegurado con la carrera que había escogido, ya que muchas compañías empezaron a ofrecerle jugosos contratos, incluso antes de que se graduara.

Cuando llegó a París por primera vez, se mudó a vivir en la casa de una tía, que trabajaba como asistente de diseñadora de modas y le inculcó el arte del buen vestir; diciéndole: “el hábito no hace al monje, pero lo distingue. Si quieres ser admirado y tomado en cuenta, debes vestir bien. Ahí radica el éxito de un gentilhomme”. A partir de ese momento, comenzó su afición por la ropa deportiva de marca; aunque, inicialmente debido a su presupuesto limitado, las conseguía de segunda en el mercado de pulgas del Marché de Saint-Ouen sin que nadie se enterara, con el fin de dar una percepción de bienestar económico ante sus compañeros de estudio.

En los últimos años de la carrera, se traslado a un estudio cercano a la Sorbonne; el cual compartía con un compañero de clases para reducir los gastos de arrendamiento; también,

por el hecho de que las clases de laboratorio requerían que pasara más tiempo en la institución y se le hacía muy pesado estarse viajando en el Metro de un extremo a otro de la ciudad a altas horas de la noche.

Después de su graduación, estuvo buscando dónde vivir y un amigo le recomendó un penthouse en el distrito de Passy, que recientemente lo habían desocupado; al verlo, quedó enamorado del lugar, sin pensarlo dos veces firmó el contrato de arrendamiento por los próximos 3 años.

Su buen parecer lo heredó de su madre, quien en su juventud trabajó como modelo para las revistas de alta costura. André estaba consciente de su atractivo, y de joven le molestaba que las mujeres siempre lo estuvieran observando, por lo que se refugiaba en la casa de uno de sus amigos y pasaba largas horas jugando videojuegos, ya sea en el XBOX/PS2 o PC DVD ROM. No conoció el amor hasta la edad de 16 años, cuando la prima de un amigo, que llegó de visita a la casa de su tía, lo arrinconó en el pasillo y le dio su primer beso; André quedó sorprendido y deleitado, todo al mismo tiempo; ella se regresó a su pueblo y nunca más la volvió a ver; después de ese incidente, no hubo marcha atrás y quedó prendido de seguir probando las mieles del amor; así empezó sus aventuras amorosas. Pronto se dio cuenta de que las mujeres se comportaban de dos maneras diferentes, las extrovertidas u osadas, y las introvertidas o tímidas. Las primeras no se requería de mucho para conquistarlas, solamente las dejaba que llevaran la batuta de la conversación y seguirles la corriente diciéndoles, “así”, “en serio”, “no me digas”, “qué más”; al imaginar que le prestaba atención, empezaban a sentirse especiales y pronto sucumbían ante sus avances. El segundo grupo requería de más tacto a la hora de entablar una conversación ya que su buen parecer no era un elemento a favor, por su fama de mujeriego; además, la falsa percepción de timidez en muchos casos se debía a que ellas eran más selectivas a la hora de escoger una pareja, porque pensaban en relaciones de largo plazo y con fines serios. De hecho, su corazón fue destrozado cuando cursaba el segundo año de la universidad por una muchacha de aspecto humilde, en aquella época él estaba rotando por las mismas materias de preparatoria. A André le llamó mucho la atención esta joven debido a su comportamiento recatado, por lo que se arriesgó a invitarla a salir para conocerla más detalladamente; para su sorpresa, la respuesta que obtuvo fue un no rotundo. Su ego había sido lastimando por haber sido rechazado tan bruscamente; no obstante, se encaprichó y siguió insistiendo en salir, aunque fuera a tomar una taza de café, de verdad estaba interesado en conocerla. Fue tanta su insistencia, que la muchacha finalmente accedió por una única vez pues quería averiguar que se traía este tipo entre manos. Luego de conversar con ella, André se sorprendió al comprender que se trata de una mujer bien enfocada en la vida, inteligente en todos los aspectos y con una percepción romántica del amor; después de varias semanas de galanteo, finalmente sellaron su relación amorosa con un apasionado y prolongado beso; él frenó su impulso sexual de insinuarse en poseerla por respeto y por lo reciente del romance, salvo que ella se lo pidiera; sin embargo, ese momento nunca llegó, ya que su pasado de amor por la libre lo traicionó y aparecieron ex-novias buscándolo para divertirse. Al enterarse de su pasado promiscuo, la muchacha no pensó dos veces en despacharlo: “definitivamente no eres para mí, buena suerte con tu vida. No me busques más, tengo muchos planes para mi futuro, mi carrera de Derecho, una exitosa carrera, un hogar con hijos, y a ti no te veo en ellos. Adiós”. Por más que André insistió y le mandaba flores buscando la reconciliación, ella nunca más le dirigió la palabra. Luego de un par de semanas de “luto”, André volvió otra vez a sus andanzas como una forma de

desahogar el dolor por el amor perdido; aunque, sus ratos de diversión se dieron con menos frecuencia. Ahora estaba enfocado en demostrarle a su ex amor, que él también tenía grandes metas y se propuso a ser el mejor de su clase; no obstante, a pesar de todas las mujeres con quienes estuvo, nunca la olvidó.

Capítulo III

12 de marzo

Claude iba caminando hacia el trabajo cuando empezaron a sonar las notificaciones de mensajes del celular; instintivamente se fijó y vio que tenía un mensaje de una amistad deseándole “Feliz día internacional de los tuiteros”; pensó en qué manera tan absurda tenía la gente de perder el tiempo, y le contestó con emoji de aprobación para señalarle que lo había visto y para seguirle la corriente. Los demás mensajes consistían en signos de alarma y de temor por el coronavirus; empezó a borrarlos después de ojearlos rápidamente.

Los últimos días había sido de bombardeo por todos los medios de difusión masiva que publicaban noticias apocalípticas sobre esta nueva enfermedad; por otro lado, en la prensa amarillista resaltaban las profecías de Nostradamus sobre el año de los gemelos, plaga, seres de la noche, polvo y ruindad.

En su camino al trabajo, Claude se asombró de ver a muchos jóvenes usar mascarillas en la calle; sin embargo, los adultos mayores se resistían en utilizarlas con la justificación de que en su época ellos pasaron por peores calamidades y una simple infección no les iba a detener. Viendo a los demás tomar medidas preventivas contra el coronavirus, Claude empezó a preocuparse por su propia integridad física y decide conseguir un par de guantes y mascarillas después del trabajo; por ahora, su atención estaba enfocada en el cumplimiento de su horario laboral y de sus clases.

Cuando entró al aula, se impresionó al ver que muchos de sus estudiantes ya estaban portando mascarillas de diferentes diseños y dibujos; no sabía que pensar, si era por prevención ante el virus o una forma de protesta, como la de los “Chalecos Amarillos” y los “Cerveaux Non Disponibles” que convocaban a sus simpatizantes a una manifestación este fin de semana con la consigna de: “Todos a los Campos Elíseos”, para expresar su inconformidad con el “statu quo”. Claude decidió ignorarlo e impartió su clase como de costumbre; no obstante, faltando quince minutos antes de finalizar la clase, uno de sus estudiantes lo interrumpió y elevó la pregunta sobre su futuro académico ante el riesgo de suspenderse el curso lectivo.

-No hay ningún comunicado oficial -trató de tranquilizarlo Claude.- De todas maneras, si hubiera una suspensión, ésta sería solamente de carácter temporal y preventivo. De acuerdo a los datos científicos, el grupo poblacional de mayor riesgo es el de los adultos mayores por los factores de riesgo, como el de padecer enfermedades crónicas y aquellos con problemas inmunológicos.

-Profesor, en Francia ya se reportan 1,800 afectados y 35 muertos. Mi madre trabaja en el hospital y ha me ha dicho que de no tomarse medidas, como la cuarentena obligatoria, las

cifras se duplicarían cada 3 días, o sea para el 15 de marzo tendríamos 3,600 casos y 75 muertos, y para el 18 la cifra se elevaría a 7,200 casos positivos y 150 muertos. El temor de ella es de que pase lo mismo que en Italia donde ya tienen 13,000 contagiados y 900 fallecidos.

-Repito, en caso de suspensión del curso lectivo, eso va a corresponder al Ministerio de Educación y al Ministerio de Salud para dictaminar las pautas a seguir. De todas formas, el presidente Macron se pronunciará esta tarde sobre la crisis sanitaria que nuestro querido país está atravesando.

-¿Qué pasaría con las clases?

-La dirección de la institución está previendo esa eventualidad con cursos en línea o teleconferencias para que no pierdan sus lecciones.

En ese momento sonó el timbre general señalando la finalización de clases; Claude esperaba que su explicación hubiese sido lo suficientemente clara para tranquilizar a sus pupilos. Mientras tanto, los docentes evitaron hablar del tema hasta que hubiera un comunicado oficial; ellos eran del criterio de que no tenía sentido alarmarse, ni de angustiarse antes de tiempo. Muchos se distrajeron con otras noticias más optimistas; de cómo el PSG venció al Borussia Dortmund con goles de Neymar y de Bernat, lo cual hizo que el equipo clasificara a los cuartos de la Champions después de tres años de mala racha, lamentaban que haya sido a puertas cerradas por la crisis del coronavirus; sin embargo, salieron a festejarlo en los alrededores del Parque de los Príncipes. Otros se mofaban de los norteamericanos por acaparar el papel higiénico de los supermercados, evidenciándose con esto su ignorancia sobre la forma de transmisión del coronavirus. Otro grupo, los “financieros” estaban preocupados por el desplome de la economía, sobre todo del Índice del Dow Jones en los últimos días y el anuncio del presidente norteamericano, Donald Trump, que estaba amenazando de restringir todos los vuelos procedentes de Europa, principalmente lo de los países del espacio Schengen.

El día se le hizo largo, llegó cansado a su apartamento. Claude trató de relajarse con un vaso de vino; solamente tenía suficiente para una copa que acompañó con una galleta salada y una tabla de quesos con aceitunas. Se sentó en el sofá de la sala a ver las noticias donde anunciaban que el presidente Trump ya había restringido todos los vuelos de Europa a los Estados Unidos por un periodo de 30 días, acusando a los viajeros europeos de ser los nuevos focos de infección del coronavirus, les culpaba de que estaban afectando la salud y el bienestar de los americanos; además, acusaba a la Unión Europea de haber empeorado la situación global por no haber tomado las precauciones a tiempo al negarse restringir los viajes desde China; a continuación, los periodistas resaltaron la respuesta del presidente del Consejo Europeo, Charles Michel a través de un comunicado que anunciaba: “el coronavirus es una crisis global, no limitada solo a un continente, y requiere cooperación en lugar de medidas unilaterales”; luego siguieron las entrevistas con diferentes políticos franceses que mostraban su enfado contra el presidente norteamericano por haber puesto a Europa en cuarentena. Claude compartía la opinión de sus compatriotas, todos estaban temerosos ante la amenaza de una crisis económica mundial; “esto es peor que una guerra”, pensaba.

De inmediato, las cámaras de la televisión se enfocaron en el presidente Macron sentado en su despacho en el Palacio del Elíseo, de manera firme anunciaba que “Francia se enfrentaba ante la más grave crisis sanitaria desde hace un siglo”; sin titubear decretaba que

a partir del lunes 16 de marzo se ordena el cierre de todos los centros de enseñanza, de las guarderías y las universidades hasta “nueva orden”; igualmente exhortaba a todos a todas las personas mayores de 70 años y aquellos que padecen de enfermedades crónicas que salgan lo menos posible de sus casas ante la amenaza de que el virus continuaba propagándose de forma acelerada; también pedía a las empresas facilitar a sus empleados el teletrabajo y les garantizaba el aplazamiento de sus cotizaciones sociales sin multas; concluyó su mensaje a la nación declarando: “Nosotros los europeos no permitiremos que una crisis financiera y crisis económica se propague, vamos a reaccionar de una manera fuerte y de una manera rápida.”.

Claude se quedó pasmado, mirando hacia la nada, con las manos en la cabeza. No podía creer lo que estaba pasando; no se explicaba cómo un microorganismo fuera capaz de poner al mundo de rodillas en un tiempo relativamente corto. Definitivamente, los gobernantes perdieron valioso tiempo en armamentos y otras tonterías, y habían cometido el grave error en descuidar el bienestar de todos sus ciudadanos al no invertir en investigaciones científicas contra las nuevas amenazas globales, como son los virus que ahora los amenazaban en su salud y su economía; recapitulando en su mente recordó que, solamente en los últimos veinte años, habían sido golpeados por el SARS, la gripe aviar (H5N1), la gripe A (H1N1), el SIDA, el virus del Zika, el Ébola, y ahora por el CO-VID19. Estaba angustiado por el bienestar de sus padres, aunque le consolaba saber que ellos estarían acompañados y cuidados por sus familiares más cercanos; también, lo tenía mortificado una posible disminución de sus ingresos, por el cierre indefinido del liceo. Sintió la necesidad de desahogarse con una botella de vino; al haberse acabado la última que tenía, agarró su billetera y se encaminó hacia la licorería.

Se sentía impotente ante los acontecimientos del día, solo una palabra le venía a la mente, y la repetía una y otra vez: “Merde”.

Capítulo IV

Louise

Claude andaba absorto en sus pensamientos por el anuncio del cierre del liceo, cuando sintió que le tocaban el hombro; era André, estaba de un excelente humor por haber negociado un acuerdo millonario y próximo de recibir una jugosa bonificación.

-¡Qué bueno verte! –le saludó André palmoteándole alegremente la espalda.

-Igualmente –le respondió Claude, azorado por el contagioso entusiasmo de su amigo, cosa que lo puso de buen humor-. ¿Qué te traes?

-¡Todo excelente!

-¡Que bueno! – el joven maestro estaba admirado por la forma en que le brillaban los ojos a André mientras hablaba.

-¡Tengo ganas de festejar! ¿Me acompañas?

-¿A qué se debe la ocasión?

-Buenos negocios –le dijo sin darle muchos detalles, por compromiso con su empresa de no revelar estrategias de mercadeo-. Si quieres, conseguimos algunas tapas, un par de botellas de vino y lo degustamos en mi apartamento. ¡Yó invito!

-Está bien -dijo Claude, siguiéndole la corriente; necesitaba un cambio de ambiente después de la terrible noticia del cierre del liceo en consecuencia del coronavirus.

-¿Qué te parece si caminamos a la “epicerie” de la esquina? Ahí tiene un amplio surtido de quesos, jamones, embutidos y vinos.

-Me parece una excelente idea -asintió Claude.

Se dirigieron hacia allá, caminando plácidamente mientras una conversación trivial. Al entrar al establecimiento, André notó que su amigo se había quedado congelado mirando a una muchacha que estaba de pie frente a la cava, en la sección de vinos tintos.

-¿Pasa algo? -le preguntó André con curiosidad.

-No, nada –se apresuró en responderle, fingiendo no interesarle.

-¿La conoces? –insistió, al ver que las orejas se le ponían rojas de la vergüenza.

-Solo de vista –le respondió con timidez.

-Ve y presentante –dijo André, buscando que su amigo se animara a cortejarla.

-No sabría que decirle –balbuceó Claude, que se sentía aterrado ante la posibilidad de hacer el ridículo y fracasar en su intento.

-Si no le hablas, nunca te vas a enterar si le gustas o no; en definitiva, lo peor que te puede pasar, es que te diga que no.

-No sé -desistió el pobre maestro con voz derrotada.

De manera imprevista, André se encaminó hacia a la muchacha, ante la sorpresa de Claude que se quedó inmóvil.

-¡Hola! -la saludó André con una voz sensual y haciendo contacto visual.

-Hola -le respondió la muchacha, sobrecogida, y admirada por estar frente a un hombre sumamente atractivo, vestido formalmente y que le daba la impresión estarse insinuando.

-¿Me ayudas? -le preguntó con una sonrisa provocadora.

-Por supuesto, dime -le respondió, mientras le miraba sus carnosos labios contemplando la blancura de su perfecta dentadura.

-¿Con qué va mejor los quesos, un Chardonnay, un Cabernet Sauvignon o un Pinot Blanc? -él le preguntó, abiertamente coqueteando con ella, a sabiendas de que le había gustado a juzgar por su lenguaje corporal y las pupilas dilatadas.

-Depende de qué tipo de queso piensas degustar; si es el queso Gruyere, un Pinto Blanc; si es queso Brie, un Chardonnay; aunque yo prefiero un vino joven como el Sauvignon Blanc que suaviza el sabor del queso en el paladar, que de paso va excelente con Jambon de Bayonne o Prosciutto Di Parma -le correspondió el coqueteo, mientras se mordía los labios.

-Conoces muy los vinos -dijo André, impresionado.

-Estudié Alta gastronomía y pastelería.

-¡Qué bien! Disculpa que no me haya presentado, me llamo André -le extendió su mano para saludar.

-Encantada, yo soy Louise -le dijo, emocionada; extendió su mano para estrechar la de él, al hacer contacto con los dedos sintió una electricidad que le recorría todo el cuerpo, provocándole piel de gallina y erección de los pezones, que se evidenciaban en su camiseta sublimada que vestía sin sostén.

-Estoy con un amigo -él le dijo señalando a Claude que permanecía estático en el mismo lugar.

-¡Ah! Si lo conozco -dijo Louise, identificándolo-; es un vecino de mi edificio.

-Yo también vivo ahí -aprovechó la oportunidad de mencionárselo.

-No recuerdo haberte visto -le dijo ella, tratando de reconocerlo-. Bueno, hace 2 meses me mudé; me gusta el lugar por lo tranquilo que es; además, me queda cerca del trabajo. Lo estoy compartiendo con una amiga; pero ella casi nunca está: anda muy enamorada y se la pasa la mayor parte del tiempo con su novio; así que tengo el lugar para mí sola.

-Si tienes tiempo, ¿qué tal si compartimos unas tapas continuamos la conversación luego? -la invitó André.

-Me encantaría; así te llegó a conocer mejor -sonrió, contenta y dispuesta para una aventura.

-Primero, déjame presentarte a mi amigo -le dijo, mientras se acercaba a Claude que lucía pálido del susto. "Él pobre ha anticipado tanto este momento que se ha quedado congelado" -pensó André.

-Hola, finalmente nos conocemos; yo soy Louise -le dijo, dándole un beso en cada mejilla por resultarle familiar.

-Yo me llamo Claude -solo pudo pronunciar el joven maestro; estaba fascinado por conocer finalmente su nombre y dejar de ser un extraño.

Inmediatamente Louise se aferró al brazo de André y empezó a recomendarle una tabla de diferentes variedades de quesos, entre ellos: Brie, Crottin de Chavignol, Roquefort, Cantal y Gruyere; luego pasaron a la sección de jamones para conseguir varias tajadas del Bayona y del Di Parma; para vinos, consiguieron 2 botellas de Sauvignon Blanc y una de Chardonnay.

Louise estaba fascinada con el comportamiento varonil de André, y de que aceptara sus sugerencias de bocas sin escatimar costos, ya que en otras ocasiones le había tocado pretendientes muy tacaños o muy quisquillosos, que la llevaban al borde de la desesperación en el momento de seleccionar los ingredientes necesarios para preparar un delicioso aperitivo o cena; por otro lado, la colonia que se había puesto André, la traía loca. Mientras tanto, el pobre Claude caminaba detrás de ellos, callado, cargando el baguette para servirlo con la tapa de quesos, sin saber qué hacer o qué decir; sintiéndose torpe y enojado por la situación en la que se encontraba; y, pensando que André le había arrebatado la chica que le gustaba por culpa de su apocamiento.

-¿Dónde vamos? -le preguntó Louise al salir de la “epicerie”, anticipando una velada romántica.

-Mi apartamento está hecho un desastre -mintió André, y volteándose hacia Claude le preguntó acerca del suyo.

-Está decente -le respondió Claude, sorprendido de que lo hubiese tomado en cuenta. No supo que pensar cuando André le guiñó el ojo, sin que Louise se percatara de aquello.

A pesar que la distancia era corta, Louise se aferró del brazo de André con el pretexto de que tenía frío a consecuencia de la brisa nocturna. Al llegar a su destino, André advirtió que la vecina del edificio de enfrente tenía dificultades con el portón; ya que llevaba varios paquetes en los brazos, aparentemente el portero estaba ausente y no había más nadie para que la ayudara. El joven ingeniero le pidió a su grupo que siguieran adelante, diciéndoles que pronto los alcanzaría y se fue al auxilio de la damisela.

-Hola, ¿te ayudó? -le preguntó André, acercándose lentamente a la vecina para no asustarla.

-Muchas gracias, si pudieras sostenerme una de las bolsas mientras busco las llaves -le dijo la joven, al ver que se trataba de un hombre decente, mientras registraba su bolso de marca con cierta dificultad.

-¿Por qué no llamas al conserje?

-No hay nadie ahora -le respondió ella, ofuscada.

-¿Cómo?

-Con el lío del coronavirus, el conserje pidió dos semanas de vacaciones para pasar tiempo con su familia. El hombre estaba muy asustado, y no le culpo. Hay mucha gente enferma que andan por la calle como si nada; es terrible.

-De paso, me llamo André; soy tu vecino de enfrente.

-Sí, lo sé. Te he visto un par de veces, ya que mi apartamento da justo frente al tuyo.

-¡Ah! Me has estado espiondo -dijo André, bromeando.

-Para nada; más bien, yo creo que tú me espías a mí -le dijo, sonriéndole por la broma; finalmente encontró la llave y procedió a abrir el portón.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó antes de que la vecina se marchara.

-Agnes -le respondió, colocando las bolsas dentro del pasillo del edificio y preparándose para entrar.

-Lindo nombre -la piroleó, en un intento de prolongar la conversación.

-Muchas gracias; aunque yo te conozco de otro lugar -le dijo, acomodándose su larga cabellera.

-Así, ¿dónde?

-En el gimnasio donde entreno; ahí te he visto hacer CrossFit.

-Sí, me encanta; voy 3 a 4 veces por semana, ¿y tú?

-Yo soy más de spinning -dijo con una mueca burlona-. No me gusta ese tipo de musculatura que desarrollan las mujeres por estar levantando pesas, no lo encuentro estético.

-Tienes una bonita figura, parecido a la de una atleta –él continuaba coqueteando, con la intención que se abriera más a la conversación.

-Practico ballet desde que era una niña.

-¿Por qué no nos acompañas? Hemos conseguido una tabla de quesos y vino, y podemos seguir charlando -le dijo, con la intención de seducirla.

-Te lo agradezco, pero estoy sumamente cansada; además, mañana tengo una reunión de trabajo.

-Me gustaría conocerte; te encuentro como una mujer emprendedora e interesante. Me aceptas una invitación a cenar mañana.

Ella se quedó mirándolo con sospecha; lo encontró atractivo, de buen vestir, de buenos modales donde se resaltaba que provenía de una familia acomodada; finalmente le dio su número telefónico para que la llamara y pudieran coordinar el lugar y la hora. Al despedirse ambos quedaron prendados por sus respectivos perfumes.

Al llegar al apartamento de Claude, Louise tomó control en la preparación de las tapas sin solicitar su permiso, debido a que ya estaba acostumbrada a tomar control de la cocina, por la costumbre de trabajar en un reconocido restaurante de la ciudad. El joven maestro la miraba azorado de cómo ella se desenvolvía en su vivienda; a su vez, acataba sin protestar las órdenes en traerle los diferentes ingredientes que necesitaba para los bocados.

-¿Tienes mermelada? -le preguntó; tenía la intención de hacer unas tostadas con el queso Brie con 2 tipos diferentes de mermelada, o de hacer un aperitivo de queso Brie y arándanos para sorprender a André cuando llegara.

-Solamente mermelada de rosas.

-Bueno, está bien -dijo resignada, frunciendo el ceño; entretanto, hizo que Claude le cortara varias rebanadas del baguette e hiciera unas tostadas; mientras que ella cortaba delicadamente el queso, colocándolo sobre la tostada y finiquitándolo con un poco de mermelada.

-¿Tienes frutas? -le preguntó, pensando en otros tipos de bocadillos.

-Uvas.

-¿Miel?

-Sí.

-¿Cilantro?

-Sí.

-Bueno, hagamos unas tapas con el queso Crottin y el jamón de Bayonne –ordenándole que hiciera más tostadas y les untara un poco de mantequilla; mientras ella batía el queso y lo mezclaba con pequeños pedazo de uva y miel; una vez que las tostadas estuvieron listas, las untó con la crema de cabra, y le agregó encima del jamón, una cucharada de uvas, perejil y cilantro.

-Luce muy rico -dijo Claude, con tono triunfalista.

-Muchas gracias, lástima que no tienes muchos ingredientes porque hubiera hecho algo muy rico, como trufas de queso de cabra, arándanos y nueces con miel, o croquetas de jamón

con queso, o una tartaleta de pera, queso de cabra y nueces.

Cuando Louise en el instante que le iba a preguntar si su amigo era casado, aparece André luego de haberse cambiado de ropa en su apartamento.

La velada fue muy amena, cada uno hablando brevemente sobre sus trabajos y permitiendo que Louise departiera sobre su pasión en la cocina. Ella provenía de Burdeos, hija de padres comerciantes; desde pequeña siempre le gustó el arte culinario por lo había llegado a París a estudiar Alta Gastronomía y Pastelería; en este momento cursaba el último año de la Academia, y tenía la intención de regresar a su ciudad natal apenas terminara; no le gustaba mucho el ambiente de París, pensaba que había sido invadida por extranjeros y eso le hacía sentirse incómoda. Ella era una persona alegre, espontánea y divertida; amaba las novedades y hablar mucho acerca de sus experiencias personales.

-¡Así que eres gascona! –exclamó André en tono de broma, después de escuchar que provenía de Gascuña.

-Con mucho orgullo –le respondió Louise, sacando pecho.

-¿Hablas gascón?

-Hay varios dialectos dentro del gascón, yo hablo el bordelés.

-Muy interesante, ¿qué edad tienes? –le preguntó André, con curiosidad por sus rasgos juveniles.

-Tengo 22 años, ¿y tú?

-25 años recién cumplidos.

-¡Uy! Ya estás viejo –dijo Louise, riéndose a carcajadas por el efecto del vino-; aunque, muy guapo.

-Para nada –se defendió André, sin darle mucha importancia al último comentario-, más bien más maduro.

-Cuidado que te caes del árbol –siguió provocándolo-. ¿Y tú, Claude?

-Yo tengo 24 años –respondió con timidez.

-Ustedes son muy simpáticos, si me consiguen los ingredientes la próxima vez les preparo una cena especial.

-A ver, haznos la boca agua.

-Puede ser desde un Magret de Canard, o un Entrecote a la Bordelaise, o un Esturgeon a la Libournaise, o un Cordero de Pauillac a la Persillade; ustedes me dicen y yo les hago la lista de compra -Louise estaba muy contenta de que la valoraran; a su vez, orgullosa de su profesión.

-Todas me parecen deliciosas opciones –se animó en comentar Claude, con la sonrisa cómplice de la Chef.

-De postre pudiera hacerles Cannelés, que es muy típico de Burdeos.

-Si no me equivoco, ese es un bizcocho crujiente con ron y vainilla, ¿no? –comentó André.

-Si, o pudiera hacerles un Niniche que es una verdadera bomba de calorías –dijo carcajeándose, tras terminar su segunda copa de vino.

-Creo que tienes intenciones de engordarnos –dijo André, poniendo la mano sobre su abdomen plano, bromeando mientras finalizaba su tercera copa de vino.

-Más o menos... veo que eres muy inteligente y te has dado cuenta de mis malas intenciones –continuaba riéndose, causando la sonrisa de ambos varones.

En ese momento Claude se levantó para atender sus necesidades fisiológicas, provocadas

por el vino. Al encontrarse solos, Louise aprovechó de acercarse a André, y sin previo aviso, le dio un apasionado beso; él le correspondió, pegando su cuerpo contra el de ella; después de un breve instante, André recapacitó al acordarse que su pobre amigo estaba prendado de Louise; además, él tenía intenciones de cortejar a Agnes, una mujer muy vistosa.

-Espera –dijo, dejándola de besar y separándola.

-¡Eres casado! –reaccionó abruptamente Louise, sintiéndose ridícula por haberse lanzado a sus brazos precipitadamente.

-¡No!

-¿Gay?

-¡Tampoco! –exclamó André, haciendo una mueca y ofendido por la insinuación.

-¿Entonces? –le preguntó, visiblemente airada.

-Si me dejas explicar, te lo explico lo que sucede.

En ese instante regresaba Claude, se extrañó al ver la repentina seriedad de ambos, y les preguntó si todo estaba conforme. Louise tenía los brazos cruzados en espera de una respuesta de parte de André; sentía que había reaccionado de acuerdo a todas las señales de ligue por parte de él; ahora estaba desconcertada por su comportamiento, ¿acaso no la encontraba atractiva?

-Menos mal que llegaste –le dijo André a su amigo, invitándolo a sentarse-. Mira Louise, eres una mujer hermosa, y me encantaría estar contigo, pasar la noche juntos haciéndote el amor de mil y una maneras –Claude se quedó boquiabierto por las palabras de su “amigo”; le estaba arrebatando a su pretendiente frente a él al declarársele; a pesar de ser un hombre con tremenda agilidad mental, no supo cómo reaccionar; sabía que de enfrentársele, eso estaba descartado ya que André lo superaba físicamente por ser levantador de pesas; y decirle algo grosero, pudiera resultar tonto y quedaría mal parado frente a Louise. Sin percatarse del conflicto emocional que tenía Claude, André continuó-; pero, no sería correcto. Estoy aquí por mi amigo Claude, que me dijo que le encantas.

-¿Y por qué no me lo dice él mismo? –reclamó Louise, mirando a ambos, y dirigiendo su reproche hacia André.

-Él es extremadamente tímido con las mujeres; con los hombres es diferente, habla hasta por el culo; pero, con ustedes es otra cosa. Míralo nomás, parece un cachorrito indefenso.

Claude se quedó mirando a ambos sin saber qué hacer, ahora que estaban hablando de él, y para colmo frente a él. André se acercó a Louise y le susurro, -me parece que es virgen, vas a tener que enseñarle unas cuantas cosas.

Ante las palabras de André, Louise se quedó mirando al joven maestro con ternura, lo que lo puso incómodo; le resultaba simpático, servicial y obediente; no era nada como André; ella tendría que pulirlo para que tuviera más confianza a sí mismo; le había sorprendido que siendo docente fuera tan callado, cuando los maestros eran los que más hablaban; no obstante, y sobre todo, estaba intrigada de que un hombre de 24 años con “bonitas” cualidades aún se mantuviera virgen; ¿sería cierto? o ¿sería una artimaña de André para darse a la fuga? Louise decidió comprobarlo; pero antes de cambiar de asiento y sentarse al lado de Claude, le susurró al oído a André, “me debes una; cuando termine con él, vas a tener que cumplir con lo que dijiste hace un momento”.

-Trato hecho –le respondió André. Satisfecho de haber cumplido con su amigo, se levantó y se despidió de ambos; dejándolos solos para que tuvieran un poco de intimidad.

Capítulo V

13 de marzo

Louise se quedó a dormir en el apartamento de Claude, después de insinuársele y seducirlo; ella comprobó que efectivamente era virgen, tal y cómo se lo había señalado André; pacientemente le enseñó el arte de amar y de cómo complacerla; le agradó que fuera de mente sana y obediente, y no como otros con quienes se había topado que eran una sarta de patanes e mañosos. Al amanecer, ella se marchó despidiéndose con un beso y asegurándole que lo vería después del trabajo.

Claude había experimentado una montaña rusa de emociones y se dirigía a su trabajo con una sonrisa de oreja a oreja; se le había olvidando por completo el anuncio del presidente Macron de cerrar las escuelas; su mente vagaba ocupada con los recuerdos de la noche anterior y anticipando con ansias su próximo encuentro amoroso. Al llegar a la escuela, se encontró que la mitad del alumnado había faltado ante el temor de sus padres de que pudieran contagiarse con el coronavirus, los que sí llegaron a clases estaban usando guantes y tapabocas.

El director se limitó en notificar al alumnado por altoparlantes que las clases quedaban suspendidas hasta nuevo aviso por orden de las autoridades de educación, y que cualquier cambio se les estaría comunicando a través del portal en la Web de la institución; en ciertos casos excepcionales, se continuarían algunas materias por teleconferencias para que no fueran perjudicados los estudiantes del último año en preparación a los exámenes del Baccalauréat; concluido el comunicado, envió a todos los estudiantes a sus respectivos hogares; mientras citaba a reunión a todo el cuerpo docente.

Por su parte, André tuvo una reunión con la Junta de Directores para discutir estrategias comerciales durante la pandemia del coronavirus; todos los presentes tenían inquietudes, pero se mantenían en calma, al tratarse de personas de mucha experiencia en el mundo de los negocios, con amplio manejo de conceptos futuristas del comercio internacional; además, eran veteranos en el manejo de estrategias en época de crisis, la cual era de esperar pues ya habían tenido experiencias como la de la zona Euro del 2008 y la de la guerra de divisas del 2010.

-Es alarmante el número de enfermos que se está reportando en Francia y en toda Europa –comentó uno de los ejecutivos, después de escuchar el informe sobre los datos actuales del coronavirus-. Mi pregunta es la siguiente, ¿cuál es la proyección del número de personas afectadas por esta enfermedad en los siguientes 2 a 3 meses, de seguir su curso normal? Digamos, esperar que se dé la inmunidad natural o de rebaño como algunos lo llama.

-Sería catastrófico –respondió el presentador del informe sobre el coronavirus-. Estamos

hablando de colapso del sistema de salud, con una mortalidad sin precedentes, superior a la Gripe Española de 1920; además, la pandemia tendría un enorme impacto económico en las empresas, debido a una baja en productividad por disminución del rendimiento laboral, aumento del ausentismo por enfermedad, altos costos de mantenimiento, caída abrupta de las ventas y de las cobranzas, lo cual estaría agravándose por un incremento de las obligaciones financieras y tributarias.

-Si eso es cierto, ¿Cuáles serían las medidas que debería implementar el gobierno? – preguntó otro de los ejecutivos.

-Implementar restricciones de movilidad, aislamiento voluntario o confinamiento obligatorio, como en Italia. Igualmente nos veríamos afectados, pero por un periodo de uno o dos meses, hasta que se reactive nuevamente la economía.

-Esta es una excelente oportunidad para nosotros pudiéramos capitalizar ante esta adversidad –intervino un joven ejecutivo.

-Explíquese –le solicitó el ejecutivo que presidía la Junta de Directores.

-Digamos que el gobierno francés implemente la próxima semana el confinamiento como lo han hecho en Italia y en España; esto va a provocar una gran demanda de artículos de primera necesidad por parte de los consumidores, los cuales van a salir beneficiados los servicios de “delivery” o despacho en línea. Nosotros podríamos incursionar en esta área, ya que tenemos toda esa infraestructura y entrar en el mercado de distribución de estos productos a gran escala por todo el país.

-¿Acaso no hay otras empresas que están realizando ese tipo de “delivery”, como Allo Resto, Take It Easy, Uber Eats, Foodora y otras?

-Cierto, pero esas empresas están dedicadas principalmente a “comidas rápidas”; aquí estamos hablando de distribución de otros productos, como el de los supermercados por medio de pedido en línea, los cuales podríamos aliarnos; lógicamente, sin descuidar nuestro mercado ya establecido de componentes para computadoras.

-¿Cómo pretendes hacer esa “distribución”?

-Podríamos subcontratar a las compañías ya establecidas o comprar acciones de las mismas.

-¿Por qué haríamos eso?

-Esta enfermedad va a modificar el comportamiento de las personas y preveo que el servicio de “delivery” va a ser a convertir en un “boom” en el futuro; la otra opción es realizar este servicio por medio de una flotilla de drones, con lo que nos beneficiaríamos con un doble propósito.

-Está interesante este último proyecto; hazte un estudio de factibilidad y nos lo presentas el lunes. Creo que es una excelente oportunidad de inversión, al igual de conseguir bonos de compañías farmacéuticas relacionadas al desarrollo de la vacuna contra el coronavirus, implementos médicos, telefonía por las redes sociales, canales de entretenimiento por cable, como Netflix, entre otros. Solo para mencionar algunos.

-Hay un punto que hay que tomar en cuenta –intervino André-; si bien es cierto que existe la posibilidad de un confinamiento general, hay que tener en cuenta que esta medida también afecta a nuestro personal y estaríamos trabajando con un personal muy reducido o ninguno. Pienso que desde ahora se deberían implementar todas las medidas de higiene y de desinfección recomendadas por el Ministerio de Salud en la planta, especialmente en el área de distribución; para que ese proyecto que están proponiendo sea posible y se nos permita

operar; de lo contrario, las autoridades sanitarias pueden acusarnos por pasar por alto nuestras obligaciones en materia de seguridad y de protección de nuestros empleados, y nos apliquen una multa millonaria o nos exijan una indemnización por daños y perjuicios a los empleados por parte de los sindicatos.

-Hay que notificar a Recursos Humanos para que pongan en ejecución estas medidas sanitarias, no solo por esta propuesta, que luce muy atractiva y parece tener gran potencial; sino para asegurarnos de que se está cumpliendo con todos los protocolos sanitarios. Además, debemos asegurarnos de que estamos preparados para continuar con el adecuado funcionamiento del resto de nuestras operaciones. No queremos que luego se corra el rumor que nuestros productos están contaminados por el coronavirus -recomendó el presidente.

Al finalizar la reunión, después de discutir temas diversos, el jefe administrativo se acercó a André para hablarle en privado.

-La Junta Directiva está muy impresionada con tu trabajo -le dijo el CEO-, te están recomendado para el puesto de gerencia en Estocolmo, y para que te hagas cargo de expandir nuestras operaciones en toda Escandinavia.

-Le agradezco su confianza -le dijo André, tratando de permanecer sereno.

-No necesitas darme una respuesta ahora; quiero que lo medites y me la haces saber por escrito el lunes.

Capítulo VI

Agnes

André estaba en su receso del mediodía, encendió su celular y abrió el icono de contactos; ahí estaba anotado el número telefónico de Agnes; se quedó mirándolo por unos breves segundos, se sintió indeciso si llamarla o no. Él no era una persona supersticiosa, pero ya sus compañeros le habían bromeado acerca de este día, viernes 13; anunciándole que; “ni te cases ni te embarques” cuando les mencionó que tenía la intención de invitar a una hermosa mujer a cenar. André era del criterio que la razón y la ciencia deberían prevalecer sobre las supersticiones, las creencias exóticas y los agüeros; siempre había oído que no era un buen día para casarse, viajar, cambiar de casa o empezar un nuevo trabajo; acaso, ¿sería por eso que su jefe le habría dicho que no le diera una respuesta este mismo día y que esperara hasta el lunes? De todas maneras, sentía que todo estaba marchando favorablemente; finalmente se decidió en llamarla.

-Hola, Agnes -la saludó al escuchar su voz-. Te habla André.

-Hola, ¿cómo estás? -le respondió sorprendida; ella acababa de salir de una reunión y estaba ofuscada por el rendimiento de uno de sus subordinados.

-Muy bien, te llamaba para confirmar nuestra cita esta noche -le dijo sin notar el tono de fastidio en su voz.

-¡Uy! Es que tengo bastante trabajo -se excusó Agnes; pensó que no era el momento adecuado por el volumen de trabajo que tenía.

-Trabajar tanto no es bueno para la salud, los especialistas han recomendado descansar y relajarse un poquito -intentó entretenerla, ignorando la evasiva.

-¿En serio? -la ocurrencia le provocó una risa en ella. Pensó, que con la entonación de sus palabras cualquier otro hubiera desistido; sin embargo, él no cedía tan fácil.

-Por ejemplo, yo diría que te vendría bien una comida gourmet acompañada de un exquisito vino -dijo provocándola.

-¡No, me digas! -le contestó, imaginándose por unos breves segundos los dos juntos cenando a la luz de las velas

-Conozco un excelente restaurante de comida fusión francesa que te va a encantar -le sugirió André.

-¿Cómo sabes que preferiría fusión? -llevándole la contraria; para tantearlo a ver qué tan persistente era.

-Intuición, ya que me dijiste que eres bailarina.

-No, más bien estoy antojada de una parrilla -le dijo accediendo a su invitación; ella sentía que necesitaba relajarse, ya que esta semana había sido difícil para todos por causa del coronavirus.

-Está bien, tú mandas. ¿Algún lugar en específico?

-Hay una churrasquería en Rue de Montparnasse en la que sirven unos excelentes cortes de carne.

-Bueno, ¿a qué hora te recojo? -le preguntó, con tono triunfal.

-Mejor nos vemos ahí a las ocho; tampoco quiero que te preocupes en hacer la reservación, yo misma la hago ya que me conocen en el lugar y soy cliente preferencial -le contestó ella. Agnes había aprendido a ser una mujer independiente y no quería sentirse obligada a esperar hasta el final de la cita si las cosas no resultaban como ella desearía con su “pretendiente”; simplemente, le decía adiós y se marchaba; en definitiva, “nadie estaba pagado al ombligo con nadie”, era su lema para quitarse a los indeseables.

André estaba sorprendido por la forma de ser de Agnes; nunca se había topado con una mujer tan autoritaria. Salió temprano de la oficina para bañarse y cambiarse de ropa, sospechando que era muy detallista y quería darle una buena impresión; no estaba muy seguro de si llevarle un presente o no; optó por no llevar nada; no fuera que le resultara muy “curso”; se colocó un poco de su colonia favorita en el cuello y salió para el encuentro con Agnes, anticipando una velada romántica.

Ella llegó puntual a la cita, se sorprendió en verlo esperando en la entrada del restaurante, ya que empezaba a caer una ligera llovizna.

-Me hubieras esperado adentro, ¿acaso no tienes frío? -le preguntó Agnes, saludándolo con un beso en cada mejilla, lo cual André aprovechó para acércaselos a las comisuras labiales; ella lo tomó como algo atrevido y a su vez divertido de parte de él, pensando, -“este no pierde tiempo.”

El camarero los ubicó en el lugar favorito de Agnes, que era en un rincón cercano al ventanal del negocio.

-A mí me trae, de entrada una bruschetta caprese, de plato fuerte un bifé a la criolla, y para el postre un flan con dulce de leche -ella ordenó, sin perder tiempo en mirar el menú, y a su vez, mencionando a André que apenas había almorzado una ensalada por la exageración de trabajo que tenía.

André al verla tan decidida pidió lo mismo, sin ni siquiera hojear la carta.

-¿Desean acompañarlo con un vino? -le preguntó el camarero a la pareja.

-Tú escoge -le dijo Agnes, permitiéndole hacer la selección y así determinar si tenía buen gusto en la cata de vinos o si escatimaba en costos.

-¿Qué recomiendan?

-Hay un vino argentino procedente del valle de Maipú en Mendoza, llamado San Felipe Merlot, que es excelente para este corte de carne.

André accedió a la recomendación; ya lo había probado antes; de todas maneras, estaba deseoso de entablar conversación con Agnes de una vez y conocerla más a fondo. A los pocos minutos, llega el camarero con la botella de vino, descorchándola y sirviendo un poco en una copa para que él lo catara. André examinó que el color tuviera un atractivo matiz violáceo, percibió el aroma a ciruela, y degustó de su sabor afrutado, con taninos suaves y dulces; tras su aprobación, el camarero les sirvió a ambos y los dejó a solas.

-¿Qué te parece el lugar? -le preguntó Agnes.

-Se ve muy exótico; digamos muy argentino; me gusta -le contestó, admirando la decoración del lugar con humor; aunque, sentía que la música de tango de fondo estaba un

poco alta para su gusto, de todas maneras prefirió hacerle caso omiso por considerarlo algo muy típico de los sudamericanos.

-Hace un año, una amiga me invitó a comer aquí y quedé encantada -le contaba, mientras tomaba un sorbo de vino después de brindar con él-. De vez en cuando, me doy una escapadita y vengo a cenar con mis amigos.

-Así que eres cliente frecuente.

-Más o menos; trato de no abusar, de lo contrario me engordo; de todas maneras, es un lujo que me doy una vez al mes -le dijo, sonriéndole.

-Me dijiste temprano que tienes mucho trabajo, ¿a qué te dedicas? -inquirió André, tratando de indagar un poco más sobre ella para poder comprender su personalidad; que hasta ese momento, se proyectaba como una mujer de armas a tomar, aunque en el fondo le parecía que escondía algo muy sensible y tierno. En definitiva, “nadie es rudo por naturaleza, sino por los golpes que le da la vida”, era su pensamiento.

-La verdad es que no me gusta hablar de mi trabajo porque siento que no es apropiado; además, me hace sentir como si todavía estuviera trabajando -le reclamó Agnes.

-Disculpa, solo era curiosidad -se dispensó André; estaba algo confundido por la reacción de Agnes. Ella se proyectaba como una persona de liderazgo y exitosa; sin embargo, no deseaba hablar nada relacionado a su ocupación; ¿sería que no le gustaba lo que hacía o sería que tiene problemas económicos? Estaba actuando completamente contrario a él, que más bien no se cansaría de resaltar sus logros profesionales.

-Bueno, te voy hacer un breve resumen. Soy ejecutiva de una compañía de seguros y tengo a cargo treinta agentes, que son un dolor de cabeza porque cada uno hace lo que les da la gana -hablaba apresuradamente, como queriendo de salir del tema de una vez por todas-. Ahora con la pandemia del coronavirus, el Directorio tomó la decisión de recortar el personal en un 50% y me corresponde escogerlos de acuerdo a su rendimiento en los últimos seis meses, independientemente de su lealtad y los años de servicio, lo cual me parece injusto. Cómo verás, no es un tema del que me apasione hablar.

-No lo sabía -dijo, disculpándose por la intromisión. No lo había hecho intencionalmente, sino para iniciar una conversación. .

-Está bien, no te preocupes, ¿y tú? -le preguntó con una sonrisa fingida, aunque en su rostro mostraba incomodidad. Ella se estaba debatiendo sí continuar sentada o buscar un pretexto para marcharse; aunque, ya era tarde para buscar otro tipo de comida y tenía bastante hambre.

-Soy ingeniero en informática y trabajo para una empresa multinacional especializada en componentes de computación; además, soy el Director en el área de Mercadeo y jefe del Departamento de Investigaciones Tecnológicas -le explicó con un tono más serio, al verla titubeante; ahora no estaba muy seguro de que la invitación haya sido una buena idea.

-Tu trabajo suena más interesante que el mío, más bien debería pedirte una plaza -dijo Agnes con cierto sarcasmo; era su manera de corregir su exabrupto inicial al verlo que sus rasgos cambiaban a mayor seriedad; André le estaba demostrando que era un hombre con carácter, lo que la llevó a verlo en forma diferente; él no era un cualquiera que deseaba de llevarla a la cama, sino de un hombre atractivo, elegante, inteligente y con metas, por lo que decidió cambiar su actitud y arriesgarse en conocerlo.

-¿De dónde eres? -André le preguntó, cambiando la conversación a un tema más agradable, dándose una segunda oportunidad; de lo contrario, se marcharía, dejando la

cuenta pagada para no lucir miserable.

-Soy Parisina, al igual que toda mi familia -le contestó, ya más tranquila y sonriente.

-¿Tienes hermanos? -sorprendido por el cambio de actitud de Agnes, dudando si era bipolar o no.

-No, soy hija única. Mis amigas me dicen que me engrieron demasiado, por eso soy tan caprichosa -se atrevió confesar; sintiendo que le surgía efecto el vino en su estómago vacío.

-No te preocupes, yo también soy hijo único -comentó André con más calma y devolviéndole la sonrisa.

Pasaron el resto de la velada, relatando anécdotas de sus respectivas infancias y de las travesuras por cuales fueron castigados, a veces exagerándolas para darle un tono más divertido.

-¿Desde cuándo practicas ballet?

-Desde los cinco años.

-Muy jovencita.

-Exactamente; además de un arte, también es un ejercicio -empezó hablar Agnes con pasión, remontándose a su juventud-. De niña, el ballet me ayudó a corregir mi postura, tener más elasticidad, coordinar mis movimientos y a mejorar mi equilibrio al igual que mis reflejos. Fue maravilloso.

-Si tanto te fascinaba, ¿por qué no seguiste cómo bailarina profesional?

-Me hubiera gustado, pero a los catorce años tuve un accidente y me lastimé el tobillo -contaba con los ojos vidrios, reviviendo aquel desafortunado percance-. Estuve seis meses recuperándome con fisioterapia, mis padres gastaron una fortuna tratando de ayudarme en la recuperación; cuando volví, ya no era la misma; había perdido mucha elasticidad que me perjudicó mi rendimiento. En el mejor de los casos, me daban papeles secundarios, por eso me retiré de la Compañía, aunque seguí practicando para mantenerme en forma.

André intentó consolarla tomándola de la mano; sorprendiendo a Agnes, que se lo permitió; a su vez, ella colocó su otra mano por encima de la del él, entablando cierta intimidad, ya que era la primera vez que ella hablaba de esa dolorosa experiencia con nadie. Ella lo miró con ternura, estaba agradecida por su compasión, y se sintió reconfortada.

-De ahí -continuó Agnes-, decidí ir a la Universidad de París donde me gradué en Administración de Empresas; no obstante, sigo con los cursos de ballet de dos a tres veces por semana, cuando se puede.

-He de suponer que eso te ayuda bastante.

-Me relaja montones porque se requiere de mucha concentración a nivel psíquico; además de brindarme flexibilidad, coordinación y ritmo musical a nivel físico; si no fuera por el ballet, creo que termino en loca por tanto stress en el trabajo.

-Entiendo que hay diferentes estilos de ballet, como el clásico, el romántico, el de Diaghilev y el moderno, ¿cuál te gusta más? -le preguntó, propiciando la conversación para que ella desarrollara más el tema en que se sentía cómoda.

-Me fascina el ballet romántico -le respondió, sorprendida por su conocimiento en la materia-, donde se expresa el dolor de un amor no correspondido, como en las obras de La Sífide y Giselle.

Sin darse cuenta, habían trascurrido dos horas hasta que se dieron cuenta que la mayoría de los comensales se habían marchado y los empleados empezaban discretamente a recoger las mesas. Después de todo, habían pasado una bonita velada y se estaban sintiendo bien

juntos, a tal punto que se acariciaban jugueteando con los dedos y hacían mucho contacto visual ante la expectativa del beso comprometedor. Cuando llegó la hora de marcharse, a pesar de la insistencia de Agnes de compartir la cuenta, André se encargó de pagarla.

Agnes había llegado en Uber, por lo que aceptó la invitación de que la llevase en su automóvil, rumbo al domicilio de ella. Al llegar, estuvieron sentados sin que ninguno de los dos se atrevieran a dar el primer paso al amor.

-Tiene un bonito nombre –le dijo André, aproximándose un poco a ella; mientras le acariciaba el hombro.

-Muchas gracias –le contestó Agnes, fingiendo timidez.

-¿Por qué te lo pusieron? -le preguntó, distraído. Estaba cautivado por su perfume que aumentaba más su deseo sexual.

-Mi madre es muy religiosa, y cómo nací el 21 de enero, me lo pusieron por ser el santoral de Santa Agnes -no había terminado de explicarle, cuando André se acercó y le dio un apasionado beso, largamente deseado por ella.

Capítulo VII

14 de marzo

Al día siguiente, André se despertó al sentir que Agnes se levantaba de la cama; se quedó contemplando su hermoso cuerpo con glúteos redondeados y de firmes y musculosas piernas; disfrutó ver cómo ella se deslizaba con movimiento grácil por la habitación preparándose para entrar al baño a ducharse.

-Disculpa que te desperté -le dijo Agnes, cuando lo vio levantarse de la cama para vestirse.

-Fue una noche maravillosa -le dijo abrazándola por la cintura y dándole un beso que lo volvió a excitar.

Ella quería volver a la cama y tener sexo desenfreno nuevamente con él, pero se había comprometido con sus superiores para ir este sábado a una nueva reunión, a fin de definir las pautas sobre el teletrabajo.

-Estoy llegando tarde -dijo con cierta tristeza, caminando hacia su armario en búsqueda de un vestido casual.

-¿Quieres hacer algo esta noche?

-Si quieres, pidamos comida china por servicio Express y veamos una película aquí; así la pasamos bien acurrucaditos.

-Me parece excelente idea -se despidió con un apasionado beso, dejándola sola para que pudiera arreglarse con tranquilidad.

Al llegar a su apartamento, puso el noticiero de la mañana; estaban reportando sobre el número creciente de casos por el coronavirus en Europa; Italia, España y Alemania superaban a los de Francia. El periodista hacía hincapié que el gobierno francés debía imponer el confinamiento total obligatorio como medida para evitar una mayor propagación del coronavirus, ya que los casos se seguían duplicando cada tres días debido a la insensatez de la mayoría de los franceses que no querían cumplir con el aislamiento social voluntario, ni habían hecho caso de implementar el uso de mascarillas. Por otro lado, se hacía hincapié que Alemania había anunciado el cierre de sus fronteras con los países aledaños del espacio Schengen a partir del 16 de marzo.

André estaba inquieto por las trágicas noticias, su mundo se estaba desmoronando de la noche a la mañana. Si bien era cierto que su empresa se mantenía operacional hasta ese momento, presentía que por las restricciones en los viajes muchas personas iban a sufrir por el cierre de sus negocios; entre ellos, los de gastronomía y los del sector turismo. Como Parisino, trataba de seguir la misma rutina de siempre; aunque sabía que eso no iba a durar por los rumores de las nuevas medidas de restricción por parte del gobierno. Comenzó a

valorar como alternativa la aceptación de su traslado a Suecia; sin embargo, su ilusión con Agnes lo retenía en la ciudad, al menos temporalmente. De manera impulsiva, llamó a un amigo que tenía un chalé en las cercanías de Poissy, al oeste de París, a ver si lo tenía disponible para alquilárselo por una semana a partir del domingo 15 de marzo; tenía intenciones de pasar un tiempo romántico con Agnes, antes de tomar cualquier decisión.

André se estaba preparando para salir al gimnasio recibió una llamada por su celular, se sorprendió al ver que era Louise.

-¿Aló? -le contestó, algo confundido.

-¡Hola dormilón! -le dijo Louise, con voz jovial-. Estuve tratando de localizarte anoche, pero tenías el celular apagado.

-Es que estaba con unos amigos -mintió André, sin saber qué pensar sobre el motivo de su llamada.

-Mira, te llamo para invitarte a almorzar en el apartamento de Claude.

-¿Cómo está Claude? -indagó sobre el tímido joven maestro de liceo.

-Es un amor de persona; ya lo tengo mal acostumbrado, ahora no quiere salir de la cama -dijo carcajeándose.

-Me alegro por ambos -dijo sorprendido, al enterarse que ya estaban emparejados. “Después de todo, Claude no defraudó a los de su género”, pensó.

-Como te estaba diciendo, queremos invitarte a almorzar.

-Ah, muchas gracias.

-Fíjate, que le estaba ofreciendo preparar un manjar a Claude, pero es muy campesino.

-Sí, ya me he dado cuenta -carcajeó André ante el comentario.

-Le di a escoger entre un plato de carne o cordero preparado a la Bordelesa; y, ¿sabes lo que me pidió?

-¿Qué? -le preguntó con curiosidad.

-¡Pollo! -exclamó, indignada por la sugerencia de su amante-. ¡Me dio tanta cólera! No iba a prepararle nada, pero el pobre es un ignorante de la “Haute Cuisine”; es demasiado “paysan”.

-Entonces, ¿qué decidiste? -le estaba resultando cómica la anécdota de Louise, que no paraba de reírse.

-Me decidí por pescado; voy a preparar algo sencillo pero realmente exquisito, un lenguado a la Menier, que terminarás chupándote los dedos; además, tengo pensado en hacer unos Canelés.

-Suena estupendo para mí, ¿necesitas que traiga algo?

-Te agradecería que me trajeras dos botellas de Oporto, si no es mucho inconveniente.

-Más bien, encantado.

-Voy a invitar a una amiga para que no estés solito.

-No hace falta -dijo, pensando en Agnes.

-Muy tarde, ya la invité; así que, ponte guapo. Te espero a las 2 de la tarde -colgó, sin darle chance a réplica.

André se debatió si llamar a Agnes e incluirla en la invitación para el almuerzo o no; al final, decidió que era mejor dejarla tranquila, a sabiendas que estaría agobiada con la reunión del trabajo; de todas maneras, ellos se verían por la noche.

Como era habitual los sábados por la mañana, André se fue al gimnasio para entrenar

CrossFit por el lapso de una hora con su grupo habitual de amigos. Al final de la sesión, acabó agotado después de un intenso nuevo programa, donde se trabajó sobre todo en elementos técnicos en preparación para el CrossFit French Throwdown que tendría lugar a finales de junio; aunque, existía la posibilidad de que el evento fuera cancelado ante la pandemia. Al igual que él, había otras dos personas que ya se habían inscrito para esa competencia; dentro de ellos estaba Jean Paul, un novato con buenos reflejos, que se animó en participar por insistencia de su entrenador.

-¿Has competido anteriormente? le preguntó Jean Paul a André, mientras se refrescaban un poco sobre la tarima antes de marcharse.

-Un par de veces, a nivel regional; nada grande -le respondió André, mientras se tomaba un sorbo de una bebida hidratante.

-Es bastante rudo, ¿no?

-Depende, lo cierto es que tienes que concentrarte en lo que haces y tratar de superar tus marcas personales; a partir de ahí, vas adquiriendo experiencia hasta convertirte en un atleta élite.

Le caía simpático Jean Paul; sabía que había estudiado Contaduría Pública y que trabajaba como asistente administrativo para la banca estatal. El muchacho era amable y siempre dispuesto en ayudar a los demás con los trámites de financiamiento de deudas con el afán de brindar estabilidad a su grupo de amigos.

-¿Qué vas a hacer luego? -le preguntó, con la intención de invitarlo al almuerzo de Louise; no quería verse obligado a socializar con la supuesta “amiga”, ya que quería iniciar una nueva relación sentimental con Agnes.

-Estoy libre, ¿por qué?

-Se está organizado una reunión de amigos ahora a las dos de la tarde y me preguntaba si querías acompañarnos. Te vas a divertir bastante.

-Con mucho gusto.

André le mandó por WhatsApp la dirección por Google Maps y acordaron de verse a esa hora. “Problema resuelto”, pensaba, mientras se marchaba.

Regresar a su apartamento no le resultó una tarea fácil. Muchas de las calles estaban bloqueadas por los “chalecos amarillos” que estaban protestando por las restricciones impuestas por el gobierno debido al coronavirus. Miles de manifestantes se estaban dirigiendo hacia el sector sur de la ciudad, desafiando la prohibición de reunirse más de cien personas en un solo lugar. André transitaba con cuidado, evitando las zonas de conflicto, donde la policía antimotines estaba lanzando gases lacrimógenos y arrestando a los activistas revoltosos. Le parecía ilógico dicha marcha, porque era para salvaguardar la salud de los ciudadanos; sin embargo, ahí estaban como una forma de ejercer su derecho a la protesta. Él siguió de largo, hasta llegar a una licorera cercana a su casa para comprar las botellas de Oporto que se había comprometido a llevar.

Capítulo VIII

Pauline

Claude estaba sorprendido porque Louise le había cambiado el menú y estaba preparando pescado.

-¿Qué pasó? -le preguntó, confundido.

-Nada, solamente quise hacer lenguado y no pollo -le respondió, sin prestarle mucha atención y continuando con su faena. Ella era muy autoritaria en la cocina y no toleraba que nadie se le inmiscuyera en sus labores cuando estaba preparando un plato que ya tenía previamente preconcebido.

-¿Te ayudo en algo? -estaba dudoso con su comportamiento y la notaba tensa.

-No, estoy bien -le contestó abruptamente.

-Si es por el cambio de la receta, no te preocupes; a mí me encanta la forma que cocinas -dijo Claude, tratando de apaciguarla.

Louise lo miró con los ojos húmedos sin decir una sola palabra; Claude no sabía que pensar, y se inquietó al pensar que a lo mejor ella quería romper con él; no obstante, él se animó a acercarse a ella y la abrazó.

-Hace una hora el dueño del restaurante me llamó para decirme que el negocio se cerraba hasta nuevo aviso -Louise le contaba entre sollozos, mientras seguían abrazados-. Ahora estoy sin trabajo. Lo que más me duele, es que me faltan seis meses para graduarme en Gastronomía y no sé qué hacer. Sin trabajo, no puedo pagar la Academia, ni el apartamento, ni nada. Creo que voy a regresarme a Burdeos hasta que esta peste pase.

-Te puedes quedar conmigo -le sugirió Claude, feliz de tenerla cerca.

-No creo que sea buena idea; además, no tengo como pagarte; apenas tengo suficiente ahorro para un mes.

-No te preocupes por eso; no hace falta que me des nada. Verte feliz, me hace feliz.

Louise lo miró con sospecha, no estaba acostumbrada a tanta atención; sabía que su amante no tenía experiencia con mujeres, pero esto era demasiado; no estaba segura si él era muy ingenuo o un “bicho”, porque según su experiencia, vivir con otra persona no era una tarea fácil, ya que requería de mucha tolerancia por tener diferentes hábitos.

-Tendríamos que poner ciertas reglas -dijo finalmente, después de meditarlo.

-Te escucho.

-Para empezar, no tolero hombres controladores, de que me estén preguntando lo qué estoy haciendo, ni criticarme la forma que visto, ni con quién converso. Definitivamente, nada de celos; de lo contrario, no tiene sentido nuestra relación; si no confías en mí, mejor ni sigamos juntos. Por otro lado, en mi línea de trabajo, conozco a muchas personas, clientes masculinos solicitándome un servicio de catering para una fiesta o un evento especial, y tengo

que quedarme hasta altas horas de la noche. No sé cómo será ahora con la pandemia, pero eso sucede con frecuencia. Te lo estoy avisando desde ya.

-Lo más valioso en una relación es la confianza, sin confianza no hay nada -accedió Claude a sus demandas.

A las dos de la tarde, llegaron André y Jean Paul, ante la mirada atónita de Louise; no esperaba que viniera con un amigo; “por lo menos debió hacerme avisado”, pensaba. No se atrevió a reclamarle frente al extraño y lo recibió con una sonrisa falsa que parecía más a una mueca; menos mal que había preparado comida para seis personas, en caso de que alguien quisiera repetir; pero ahora solamente alcanzaba para una sola servida.

Cinco minutos después llegaba la misteriosa amiga de Louise; para la sorpresa de André ya la conocía.

-Hola, André -le dijo Pauline, reconociéndolo y regalándole una amplia sonrisa.

-Hola, Pauline -la saludó, acercándose para darle un beso en cada mejilla.

-Mira qué pequeño es el mundo -comentó la invitada, que no salía de su asombro de que André era su “blind date” organizado por su amiga.

-Verdad que sí. -le contestó André, que la miraba complacido al que ella conservaba una linda figura.

-¿Ustedes se conocen? -se sorprendió Louise, al verlos conversar con naturalidad.

-Digamos que tenemos historia -le respondió ella, con picardía.

-Muy linda, por cierto -añadió André.

-Indudablemente -continuó Pauline, mirándolo con mucha ternura.

-¿Qué pasó? -les preguntó Louise, curioseando.

-Cuestiones de trabajo -le respondió Pauline con mucha tranquilidad-. Decidimos darnos un tiempo; y, ahora aquí nos encontramos nuevamente. Cosas del destino, supongo.

Claude interrumpió la conversación, presentándose al grupo; lo mismo hizo Jean Paul; luego los invitó a sentarse en la pequeña sala para seguir con la plática.

Pauline no dejaba de mirar a André. Hacía diez meses tuvieron un intenso romance; no obstante, cada uno iba por su lado y se respetaba su propia independencia. Ella trabajaba como guía turística en París, hasta que le salió una oportunidad de trabajo como coordinadora de excursiones a Costa Rica. Sin pensarlo dos veces, aceptó la oferta y se trasladó a ese hermoso país con un contrato provisional de tres meses renovables. Ambos se despidieron en buenos términos, amándose la última noche sin prometerse nada. Al principio, André la extrañaba y le enviaba mensajes por WhatsApp diariamente; poco a poco estos fueron mermando, hasta que al cabo de un mes dejaron de escribirse. Ambos decidieron que lo mejor era que cada uno siguiera con su vida. Cuando ella regresó de su viaje de aventuras, ya se había olvidado de él, asumiendo que a lo mejor estaba comprometido o casado.

-¿Qué estás haciendo con tu vida? -Pauline empezó a flirtear, jugando intencionalmente con los rizos de su cabellera rubia. Ella era una mujer bella de proporciones faciales simétricas, que no abusaba de los cosméticos; se mantenía en forma practicando ciclismo los fines de semana; tenía facilidad de palabra, que a su vez irradiaba seguridad en sí misma; un elemento que le abría oportunidades de trabajo.

-Estoy trabajando en la misma empresa; ahora me ascendieron a Director de Mercadeo.

-Así que estás subiendo en la escalera del éxito, ¡te felicito! Eres un hombre muy inteligente, no esperaba menos de ti.

-Muchas gracias, y ¿tú?

-Estuve trabajando por una agencia de turismo, pero me despidieron esta semana. Con el problema de la pandemia, todo el mundo empezó a cancelar sus reservaciones de viaje; especialmente los que tenían planeado viajar a Estados Unidos que estaban exigiendo la devolución de sus dineros. Fue un caos aquello; además, la aerolínea con la que trabajábamos, el grupo Air France-KLM decidió de reducir sus vuelos en un 70% para los próximos dos meses, por lo que no pudimos canjearlos para otros destinos y en otras fechas; de todas maneras, eso no iba a servir de mucho porque muchos países europeos están cerrando sus fronteras, y parece que Francia también va a hacer lo mismo; así que me veré sin trabajo por un largo rato.

-A mí también me despidieron del trabajo -se quejó Louise.

-No me digas, ¿qué pasó? -le preguntó Pauline.

-El restaurante cerró hasta nuevo aviso por medidas sanitarias.

-Yo también estoy igual, con el cierre de las escuelas -intervino Claude, congraciándose con las mujeres-. Hoy escuché al primer ministro, Edouard Philippe ordenar el cierre de todos los lugares abierto al público, incluyendo a los restaurantes, cafés, bares, discotecas, cines y locales comerciales no indispensables, esto como medida de precaución ante la rápida propagación del virus.

-Lo que pasa que la gente no está cooperando -dijo André, con molestia por las nuevas restricciones-; el presidente Macron le pidió a todos los franceses que frenaran su vida social y se limitaran las reuniones a menos de cien personas, y eso es lo que menos han hecho. Ahora que regresaba del gimnasio, me topé con la manifestación de los “chalecos amarillos”; cientos de personas por todos lados, tantos que era difícil transitar; no me sorprendería si la próxima semana impusieran medidas más estrictas, por culpa de algunos desconsiderados.

-Entonces, ¿cuáles lugares permanecerán abiertos? -preguntó Pauline.

-Supermercados, farmacias, gasolineras y bancos -respondió Claude, que había estado atento a las noticias del mediodía.

-En el caso tuyo, André; ¿seguirás trabajando o te enviarán a la casa? -le preguntó su ex amante, interesada de compartir tiempo junto y retomar el romance.

-Por el momento sigo trabajando; aunque, también tengo la posibilidad de teletrabajo.

-Dichoso. Me dices si necesitas ayuda ya que dispongo de todo el tiempo libre del mundo -seguía provocándolo Pauline.

-Si me permiten, puedo hacerles varias recomendaciones -intervino Jean Paul que hasta ese momento se había mantenido callado escuchando los lamentos de los presentes.

-Dinos -dijo Claude, un poco incomodo por la tensión sexual que había en el ambiente entre Pauline y André, reviviendo la misma situación que presencié hace dos días entre Louise y su vecino. Le molestaba que las mujeres se le insinuaran tan abiertamente; además, de que no le gustaba sentirse opacado.

-Bueno, el gobierno ha anunciado varias medidas para ayudar a los desempleados por la pandemia; ya sea que estén desempleados parcial o totalmente. Ustedes pueden gestionar una ayuda económica equivalente a un salario mínimo; así que Louise y Pauline se podrán beneficiar de esta disposición. En el caso de Claude, si no me equivoco, seguirá recibiendo su

salario completo, ya que se trata de una interrupción de sus funciones por una situación anómala; pasada la tormenta, él puede regresar otra vez a la enseñanza.

-Jean Paul trabaja en banca -intervino André-, así que, si tienen alguna pregunta sobre préstamos, él se las puede aclarar.

-En cuanto a los préstamos, nos ha llegado una circular de oficinas centrales señalando que el gobierno está dispuesto en ayudar a las pequeñas y medianas empresas, asumiendo temporalmente el pago parcial de los préstamos bancarios, por lo menos mientras dure la crisis; igualmente se ha mencionado la suspensión de las facturas de gas, agua, electricidad y alquileres para estas empresas.

-Eso, ¿aplicaría también para todos? -se interesó Louise, asumiendo que después de todo, el gobierno iba a cubrir todos los gastos de los servicios.

-Hasta donde tengo entendido, es solamente para las Pymes; y no para particulares. Lo siento -dijo, mirando con lástima a Louise-. Es para evitar que las empresas quiebren y así lograr que haya una menor tasa de desempleo.

-Ya muy tarde para nosotras -comentó Louise.

-Aún puede optar por el Seguro de Desempleo, si cumplen con los requisitos establecidos para la atribución.

-Después me fijo en lo que haré -le contestó Louise, cansada de escuchar de bancos y pandemia; se levantó para empezar a servir el almuerzo pidiendo a todos que se acomodaran en el comedor.

André se dirigió al baño para lavarse las manos; Pauline lo siguió de cerca, supuestamente con la misma intención. Ella ingresó al baño al mismo tiempo que él, cerrando la puerta con seguro; sin darle oportunidad de decir nada, le dio un apasionado beso, con el deseo de que nunca terminara.

-Te he extrañado -le dijo, mientras lo abrazaba; aguardando que él le manifestara lo mismo. Al notar que él no reaccionaba, se inquietó-. ¿Pasa algo?

-Han pasado seis meses y muchas cosas han cambiado.

-Pueda que sí, pero tus labios me dicen otra cosa -le dijo con picardía. Su intuición femenina le indicaba que todavía estaba enamorado de ella; solo tenía que tocar las teclas adecuadas.

-Dejaste de enviarme mensajes -trató de victimizarse, haciendo una mueca de tristeza.

-Estaba ocupada en las junglas de Costa Rica; ahí no había señal -se justificó mintiendo; sin darle mucha importancia a sus lamentos ya que ella era una veterana en los juegos del amor.

-Pensé que los monos te robaron el celular o que te secuestraron -André bromeó con tono sarcástico, sabiendo que no llegaría a nada con el papel de víctima; conocía bastante bien a Pauline y que trataría de salirse con la suya. No le quedaba más remedio que ser sincero, de lo contrario perdería su amistad.

Ella se quedó mirándolo directamente a los ojos, en un intento de leerle la mente.

-Conocí a una muchacha -finalmente se animó en confesarle, esquivando la mirada de sorpresa de su ex pareja.

-¿Desde cuándo salen? -le preguntó con curiosidad; en definitiva, había llegado solo; además, conversando con Louise, le había contado que estuvo coqueteado con ella sin saber que era él.

-Tenemos poco de conocernos.

-Entonces, todavía estás disponible –insistía, en un intento de reconquistarlo.

André se limitó a sonreírle, Pauline ocupaba un lugar muy especial en su corazón; pero, era como una mariposa, libre como el viento, y corría el riesgo de salir lastimado nuevamente cuando ella decidiera salir en su próxima aventura por el mundo; por otro lado, Agnes le atraía mucho y quería darse una oportunidad en el amor con ella. Su ex pareja notó en su mirada cariño y tristeza, denotaba conflicto interno por la presión que le estaba ejerciendo.

-No te preocupes –dijo, dándole un beso en los labios, para luego salir del baño compartido y dirigirse a la cocina para ayudar a Louise a servir los platos.

-¡Qué bárbara! -le dijo Louise, cuchicheando; asumiendo que habían tenido un “quickie” al verla entrar al baño con André.

-No pasó nada –le contestó, haciendo un puchero.

-¡No me digas! -dijo confundida; se acercó a su amiga para darle un abrazo de apoyo emocional-. Yo pensé que estaban haciendo “aquello”, ya que se demoraron demasiado.

-Solamente hablamos –confesó con un tono de tristeza-; parece estar enamorado de otra.

-¿Por qué dices eso?

-Se lo vi en sus ojos.

-¿Quién es?

-No me dijo.

-¿Qué vas hacer?

-No sé.

-Ahí está su amigo, es muy guapo.

-Ya veremos –le respondió Pauline, ayudándola a servir la entrada.

Los olores del almuerzo perfumaron el apartamento; iniciaron con un Raclette, “queso asado”, que hizo que todos se olvidaran del asunto.

-¿Cómo se conocieron? –le preguntó André a las muchachas, que andaban risueñas.

-En el restaurante donde trabajaba, Pauline llegó con un grupo de turistas japoneses. ¡Aquello fue todo un lío! Para empezar no hablaban francés; y, para colmo, el intérprete, que de paso era otro japonés, hablaba muy poco francés y no se le entendía. El pobre era pura sonrisas e inclinaba la cabeza a cada rato, me tenía loca.

-Me acuerdo que decían, “comida diferente y muchos colores” –se carcajeaba Pauline, recordando el incidente.

-Lo que pasa que la gastronomía japonesa es tan compleja como su cultura –continuó relatando Louise, llamando el interés de todos-; ellos combinan muchos sabores en el mismo plato; 5 colores – verde, rojo, amarillo, blanco y negro; 5 sabores – dulce, salado, ácido, agrio y picante; 5 cocciones – crudo, cocido, al vapor, a la plancha y frito.

-¿Qué hiciste?

-Imagínate, somos un restaurante gourmet francés; fui hablar con el Maître para ver cómo solucionábamos aquel embrollo; para colmo, era un grupo de veinte japoneses que no tenían intenciones de irse y exigían a ser atendidos. Para empeorar las cosas, los cabrones querían Sake. Ahora, ¿dónde carajo se consigue Sake en París?

El grupo no paraba de reírse por la anécdota y las gesticulaciones exageradas de Louise.

-Solamente lo venden en 3 lugares, y todos estaban cerrado. Les decía que Sake no, que mejor vino blanco; pero ellos no entendían. Decidí sacar una botella de vino español, llamado Mala Vida; a ellos les resultó graciosa la etiqueta y decidieron probarlo; con decirles que quedaron como locos.

-Y, ¿Pauline no te ayudó? –le preguntó Claude.

-Para nada, ella estaba en una esquina, así como ahora, carcajeándose.

-Yo intenté, pero tú andabas corriendo de un lugar para otro con el intérprete –dijo Pauline que no paraba de reírse-. A mí, solamente me dijeron, llévalos a comer y eso hice.

-Debería haberte ahorcado –bromeó Louise.

-Y, ¿cómo termino la fiesta? –preguntó André.

-En la Academia me enseñaron que a los japoneses le gusta mucho el cerdo; así que les serví cerdos hasta por los oídos. Les hice una sopa de fideos con trozos de cerdos y cebollinos picados, parecido a la Soki Soba; de plato fuerte les serví un filete de cerdo empanada acompañada de arroz con huevo revuelto con algunas especies, parecido a un Katsudon. Había un japonés muy necio; a ese, en su plato le puse una crema picante. La hice con rábano rallado, mostaza, colorante verde y un par de gotas de salsa de ají mexicano; todo aquello se asemejaba a un Wasabi, y estaba bastante fuerte. Para ver si se tranquilizaba el cabrón. Bueno, el tiro me salió por la culata, porque le encantó y no paraba de decir que se quería casar conmigo.

-¿Qué le dijiste? –dijo, mientras André se reía a no más dar-. Arigato gozaimashita (Muchas gracias).

-No sé lo que significa eso, pero le dije que mi novio era tan grande como Arnold Schwarzenegger, y muy celoso. Aquello era mentira, pero era la única manera de quitármelo de encima. El japonés, que estaba tan borracho como una uva, empezó a decir que no le importaba, que era como Bruce Lee y que lo iba a retar para llevarme a Japón. Vaya lio que me había metido.

-¿Qué hiciste?

-Se jodieron porque tenía pensado de prepararles un postre japonés que se llama Mochi. Le pedí a mi asistente que se hiciera cargo y me fui.

-Así, nomás -dijo sorprendido Claude.

-Exactamente -concluyó con un sorbo de Oporto-. Al día siguiente, me enteré que todos se fueron contentos y dejaron una buenísima propina.

-Esa misma noche, fui a buscarla para hablar con ella, pero había desaparecido. Al día siguiente regresé para disculparme y terminamos siendo amigas - mencionó Pauline, abrazando a Louise-. Yo si probé el Mochi con fresa y una bola de helado; estaba riquísimo; pero eso fue otro día y no con los japoneses. Claude si no te cuidas, vas a terminar como una bola –le advirtió.

Pauline se dio cuenta que durante el almuerzo, André le esquivaba la mirada y se mantenía conversando con Jean Paul acerca de la cancelación de todos los partidos de la Liga Francesa de Fútbol por el coronavirus.

-A mí me parece una buena idea -los interrumpió Pauline-; así nos pondrán más atención.

-Siempre la tendrán -le contestó Jean Paul.

Ella lo observó por unos instantes; se parecía físicamente a André; lógicamente por practicar el mismo deporte; era una persona instruida, amable y servicial; sin embargo, no tenía el “sex appeal” de André. Por un momento, pensó en coquetear con él para darle celos a su ex pareja; pero rápidamente desechó la idea; sexo por venganza no era lo suyo.

-Muy amable -se limitó a decir Pauline; miró su reloj y mencionó que se le estaba haciendo tarde para recoger unos mandados; a pesar de la insistencia de Louise que compartieran más tiempo juntas. Se despidió de todos y le pidió a André que la acompañara

afuera hasta que llegara el Uber, logrando que él accediera hacerlo.

Ella bajó lentamente las escaleras, aferrada a su brazo, en un intento de prolongar el tiempo a solas. Al reencontrarse, resurgieron los sentimientos que tenía por él; pensaba que fue una tonta en dejarlo ir, o por lo menos, el no haber tenido la sensatez de responderle los mensajes; aunque, en verdad la estuvo pasando muy bien en Costa Rica y no se arrepentía por la experiencia; recordando el dicho: “Para ser viejo y sabio, primero hay que ser joven y estúpido”. Ahora, estaba de vuelta a Francia y a la realidad; para colmo, con el coronavirus que le estaba jodiendo todos sus planes de vida.

-¿Te sientes bien? -le preguntó André, al verla tensa.

-Un poquito mareada; creo que fue el vino.

-Quieres esperar adentro, mientras llega el Uber –dijo al ver que empezaba a caer una fina llovizna.

-No, mejor afuera -le respondió, con tono triste -; así respiro un poco de aire fresco. Ya pronto el gobierno nos va a aplicar la cuarentena obligatoria, y voy a estar ofuscada de estar encerrada entre cuatro paredes.

Pauline no dejaba de mirarlo con dulzura; como queriendo transmitirle que todavía lo amaba y que la perdonara. Ella era muy orgullosa para decírselo, y sabía que la iniciativa tendría que venir de él. En ese momento, llegó su transporte; bajo la escalera exterior, acompañada por él que le abrió la puerta del coche.

-¿Tienes el mismo número?

-Sí -André le respondió, con tono serio.

-Luego te llamo para ponernos al día -le dijo; cuando vio que cambiaba su semblante y se le dibujaba una sonrisa. Volteó a ver qué pasaba, y divisó a una hermosa mujer que caminaba hacia ellos; sospechando que era su rival. Sin pensarlo dos veces, sostuvo su cara con las dos manos y le dio un apasionado beso. André quedó desconcertado por el inesperado gesto de su ex pareja; ante incredulidad de Agnes que se quedó con la boca abierta. Tranquilamente, Pauline se montó en el Uber y se despidió deseándole, “suerte”; a sabiendas que el daño ya estaba hecho. Ahora era cuestión de esperar pacientemente que él regresara a sus brazos a ser consolado.

Por más que André quiso explicarle a Agnes lo sucedido, ella simplemente se negó a oírlo y le exigía que se apartara de su camino.

-No es lo que parece -insistía André-. Te estás precipitando en juzgarme sin escucharme.

Agnes entró a su edificio, cerrando el portón tras ella, dejándolo afuera. Estaba aguantando con todas sus fuerzas los deseos de llorar, para no darle la satisfacción de verla en ese lamentable estado. Ella había tenido un día difícil en la oficina que había terminado con fuertes discusiones con otros directivos y ahora se le juntaba la imagen de aquella desconocida besando a su amante; simplemente no lo iba a tolerar. La única persona que podía alegrarle el día, la había traicionado. En ese momento, quería estar sola para organizar sus pensamientos.

André regreso a la reunión, solo para despedirse; se excusó con sus amigos diciéndoles que había surgido una emergencia en la oficina y requería de su atención inmediata. Ellos no le creyeron, tampoco se lo cuestionaron; con solo verle la cara sabían que algo había sucedido y no estaba bien. Él subió a su apartamento para asomarse en el balcón en el intento de divisar a Agnes al otro lado de la calle y hacerle alguna señal para hablar con ella,

aunque sea por teléfono; no tuvo éxito, ella tenía las cortinas cerradas. Trató de comunicarse con ella por el celular, pero lo tenía apagado. Frustrado, se sentó en la sala para escuchar música melancólica, mientras bebía un generoso vaso de whiskey para ahogar sus penas, en un intento de mantener la mente en blanco.

Capítulo IX

15 de marzo

Pauline tuvo la sensatez de no llamarlo después de forma la bronca; sabía perfectamente que no era el momento; mientras que André estuvo toda la noche meditando sobre las diferentes alternativas de cómo abordar a Agnes. Él quería arreglar las cosas, sin dar la impresión de que estuviera desesperado; estaba bastante enojado con Agnes por juzgarlo sin haberlo escuchado. Le gustaba mucho, y aún percibía su fragancia íntima de su encuentro sexual; lo que lo inclinó a buscar la reconciliación. De lo poco que pudo conocerla, notó que era una mujer temperamental e intransigente, lo cual pudiera dificultar su intención de llegar a un acuerdo. Por otro lado, su pensamiento objetivo y racional estaba inclinado a valorar otras alternativas para su bienestar económico, como la de aceptar la oferta de su compañía de trasladarse a Suecia, que se proyectaba como una excelente oportunidad para maximizarse en el campo de su especialidad.

Esa mañana, André fue despertado por el mensaje de su amigo que le confirmaba su reservación de su chalé por los próximos siete días en Poissy; un lugar de ensueño que se encontraba sobre una pequeña colina con vista del Sena, que estaba a una hora de París. Ante la incertidumbre de su situación, decidió esperar en hablar con Agnes antes de responderle.

Se puso su ropa deportiva y salió a buscar el periódico, cuando se topó con Agnes que venía de compras de la panadería.

-¡Hola! –André se acercó para ayudarla con las bolsas; y con intención de reconciliarse-. Espero que se haya pasado la cólera.

-Pensé que eras diferente –le dijo enojada y con el ceño fruncido; aún así le entregó los paquetes para que la ayudara-. ¡Qué desilusión!

-No hubo nada entre nosotros; no tengo la menor idea por qué hizo lo que hizo. Estaba en una reunión de amigos en el edificio y me pidió que la acompañara mientras llegaba el Uber. Estaba pasada de copas. ¡Qué iba a saber que me diera un beso! Eso fue todo.

-¡No soy tonta! No voy a permitir que me rompas el corazón –lo reprendió, levantándole la voz.

-Yo tenía ilusión de pasar el tiempo juntos.

-¿Qué tenías pensado? ¿En un trío?

André quedó estupefacto ante el comentario. En ese momento pasaba por la misma acera un hombre de tez oscura, ella lo detuvo colocándole una mano en el pecho y se volvió hacia André.

-Acaso eso es eso lo que estabas buscando, ¿qué te parece él? ¿No te gustaría?

El extraño se asustó y aceleró su paso para estar fuera del alcance de ellos. Con esa acción, ella hirió profundamente su hombría. André permaneció callado; mientras Agnes seguía discutiendo sin que él le prestara atención. Ella le permitió entrar al edificio, subieron por las escaleras manteniendo su distancia y evitando todo contacto físico. Al llegar al apartamento, él colocó las bolsas encima de la mesa del comedor y procedió a marcharse.

-¿A dónde vas? –le preguntó a verlo dirigirse a la puerta de salida.

-Me voy; ya me has aclarado que no somos el uno para el otro.

-¿Por qué subiste?

-No sé –dijo, encogiendo los hombros.

-Acaso, ¿estabas buscando esto? –le gritó, levantándose la falda y mostrándole sus partes íntimas al no estar llevando ropa interior.

-¡No!, esperaba algo más –le respondió sorprendido ante la insinuación que la consideró grosera y ofensiva de parte de Agnes-. Una bella relación en cual nos refugiáramos de las vicisitudes de la vida. Aparentemente me equivoqué.

El comentario de André dejó boquiabierto a Agnes; él se marchó de su apartamento sin mirar atrás. Su dignidad había sido lastimada, al punto de no retorno; sólo se escuchó un fuerte golpe en la puerta al arrojarle las llaves con violencia tras su partida.

Apenas llegó a su apartamento, recibió un mensaje de su supervisor que se comunicara con él en la brevedad posible.

-Muchas gracias por devolver la llamada –lo saludó su jefe al otro extremo de la línea-. Hace un par de horas, por medio de fuentes fidedignas, nos hemos enterado que el presidente Macron tiene intenciones de cerrar las fronteras mañana, ya que la situación del país no mejora y sigue aumentando los casos con el coronavirus. El motivo de esta llamada es para saber si ya te decidiste sobre el puesto de gerencia en Estocolmo.

-Casualmente estaba preparando la carta de aceptación.

-Entonces, es un afirmativo.

-¡Sí, señor! –le respondió sin pensarlo dos veces; ya nada lo retenía en París; además, necesitaba un nuevo ambiente, con nuevas amistades, y, quién sabe, un nuevo amor.

-¡Excelente! –exclamó el CEO, percibiendo el entusiasmo de André-. No te vas a arrepentir; es un puesto con gran potencial de ascender en la empresa y de mucho prestigio.

-Muchas gracias por su confianza.

-Hay cambios de planes.

-Diga, usted.

-Te aconsejo que hagas tu reservación y te embarques en el vuelo de las cuatro de la tarde a Estocolmo; ya la secretaria me confirmó que hay asientos disponibles; así que tienes que moverte rápido. Ya se ha coordinado para que un secretario de la empresa te recoja y te ayude a instalarte. El lunes, a primera hora, tendremos nuestra primera videoconferencia para darte todos los detalles de nuestras operaciones allá.

-Muchas gracias, señor.

-Buena suerte.

André no lo podía creer; todos los sucesos iban muy rápido y de forma favorable; por un momento llegó a pensar de que fue una bendición al haber roto con Agnes. “No es posible enamorarse de uno en un día”, pensaba tratando de disuadir la idea que todavía tenía sentimientos por ella y de que se trató de una obsesión.

Cuando se propuso de alistar las maletas para el viaje, se acordó de la reservación a Poissy. Se dirigió al apartamento de Claude para ofrecérsela, ya que la tenía pago, no había devolución y no tenía sentido que se perdiera. Para su sorpresa le abrió la puerta Louise en pijamas.

-Claude todavía está durmiendo -le respondió con un bostezo, cuando le preguntó por el maestro.

-¿Hasta qué hora duró la fiesta? -preguntó con curiosidad.

-Tardísimo. Mira, tu amigo es un vacilón; nos divertimos mucho; deberías traerlo más a menudo. Ahí le tengo otra amiga que le pudiera gustar, je, je.

-Me alegro -comentó André. No tenía mucho tiempo para charlar, así que fue al grano-. Necesito que despiertes a Claude, tengo algo que ofrecerles y les conviene.

Louise lo miró intrigada, por la premura de André que no paraba de mirar su reloj. A los pocos minutos aparece el maestro, aún somnoliento; saludándolo con un abrazo.

-Te perdiste la fiesta anoche -le dijo, mientras se pasaba la mano por el cabello despeinado.

-Sí, ya me lo dijo Louise. De todas maneras, el motivo de mi visita es para ofrecerles una reservación a Poissy.

-En estos momentos, yo no dispongo de mucho dinero. Tengo que ahorrar, ya que suspendieron las clases y no sé si me recortarán el salario.

-Y, ¿por qué no invitas a Pauline? A ella estaría encantada -intervino Louise, delatándose de haber conversado con ella anoche.

-Claude no te preocupes, ya está todo pago por una semana -insistió André, entregándole el código de la reservación, junto con la dirección del chalé y el nombre del vigilante para que le entregue las llaves-. Es un obsequio mío.

-¿Cómo así? -dijo Claude, sorprendido.

-Esta tarde salgo de viaje a Suecia -le dijo sin querer dar muchos detalles-; así que disfrútalo.

-¿Cuándo regresas? -le preguntó Louise, que le brillaban los ojos de la alegría por poder salir de París. En una ocasión, ella visitó el pueblo de Poissy y había quedado encantada.

-No regreso, es un viaje de trabajo por un tiempo indefinido.

-¿Ya se lo dijiste a Pauline? -insistía Louise, haciendo la función de Cupido en tratar de emparejarlos-. Ella se va a poner triste por tu partida.

-Pauline es una amiga, nada más -le respondió André, sin dar más detalles; y volviéndose a Claude le preguntó sobre la oferta.

-Me parece genial. No sé cómo agradecértelo.

-No te preocupes, luego me invitan a cenar cuando me regrese a París. Te aconsejo que te salgan de una vez, ya que las carreteras para allá normalmente hay mucho tráfico y pueden tardar horas en llegar.

No tardó mucho para que Pauline lo llamara a su teléfono, después de que Louise le mencionara que André salía de viaje por un largo tiempo. Él no estaba seguro si responderle o no, se quedó mirando su celular, mientras sonaba.

-Hola, Pauline -le contestó, fingiendo estar contento de escucharla.

-Hola, mi amor. ¿Cómo dormiste?

-Bien; tranquilo se pudiera decir -dando a entender que estaba solo.

-Me enterado que sales de viaje.

-Así es -el chisme corre rápido, pensaba-. Salgo para Suecia dentro de un par de horas.

-¿Cuándo regresas? -le preguntó, con tono de tristeza y de niña engreída.

-No sabría, ya que me voy para trabajar allá. Me asignaron un puesto gerencial.

-¿Por qué no me llevas? Aquí, no tengo nada que hacer; además, estoy libre. Te puedo hacer tremenda compañía en las heladas noche suecas; todo acurrucaditos como solíamos estar.

-¡Je! ¡Je! -se rió André, recordando aquellos momentos felices-. Por ahora no puedo. Me mandan a dirigir a nuestra sucursal allá, para expandir nuestras operaciones por toda Escandinavia; como veras, voy a estar muy ocupado.

-No importa, me contratas como secretaria. Tú sabes que yo aprendo rápido.

-Si pudiera, lo haría. Los suecos son un poco quisquillosos, tendrías que hablar su idioma para empezar.

-Tienes razón; mejor que me quedo hasta que me digas que vaya para allá -al escuchar sus palabras de aliento, sabía que lo podía recuperar. Lo mejor que podía hacer era no presionarlo.

-Trato hecho.

-Quiero que sepas que te quiero mucho y voy a estar extrañándote.

-Yo también, besos -le dijo, colgándole para empezar a empacar sus cosas.

A la hora de la salida, André coincidió con Louise y Claude que estaban guardando sus cosas en el coche. Ella se acercó a él, mirándolo agradecida por el gesto que tuvo con ellos. Estaba muy emocionada y a punto de llorar.

-¿Eres feliz? -André le preguntó, al verla con los ojos llorosos.

-Sí; aunque no dejo de pensar cómo hubiera sido mi vida contigo -le contestó, sosteniéndole las manos.

-Dale -le dijo, temiendo que ella hiciera una tontera por impulso al igual que Pauline-, él es un buen hombre; disfrútalo.

Sin pensarlo, Louise le dio un tierno beso en los labios; luego, sin mirar volver a verlo, se sentó en el coche; esperando que Claude arrancara y se marcharan. El joven maestro vio toda la escena sin decir nada, al acordarse de la advertencia de Louise acerca de los celos. De todas maneras, no sabría cómo afrontar la situación si ella decidiera dejarlo por haberle reclamado un beso de despedida. Simplemente, se montó en el coche y se marcharon rumbo a Poissy con la esperanza que el viaje la hiciera olvidarse de André.

Agnes estaba parada frente a su ventana mirando al exterior meditabunda, cuando de repente vio cómo Louise besaba a André, frente a su enamorado. “¿Qué tiene este hombre, que todas las mujeres se la pasan besándolo?”, pensaba fastidiada.

Después de que André se marchara de su apartamento en la mañana, ella se lamentó por el exabrupto que tuvo con él, sobretodo de haberle ofendido su hombría. No había aprendido a manejar situaciones conflicto de índole relación de pareja, que reaccionaba de forma impulsiva e irracional, y que luego terminaba arrepintiéndose. Desde el momento que conoció a André, lo puso a prueba y había superado todas sus expectativas, siempre comportándose como un caballero. Las últimas palabras de él, caló en lo más profundo de su ser: “Esperaba una bella relación en cual nos refugiaríamos de las vicisitudes de la vida. Aparentemente me

equivocué”.

Ahora, al verlo parado en la acera con un par de maletas de viaje, no sabía que pensar. Actuando en contra de sus convicciones, de no implorarle a ningún hombre, decide llamarlo. André se fijó en su celular y vio que Agnes lo estaba llamando; sin contestarlo, subió la mirada hacia el balcón de ella y la vio con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, haciéndole una señal de que contestara.

-Perdón -le dijo con voz solloza-, intentemos otra vez.

-Ya no es posible -le contestó con tristeza; después de todo, en el poco tiempo compartido, llegó a amarla-. Me voy del país y no volveré. Lo siento mucho. Espero que encuentres al hombre ideal y que seas muy feliz. Adiós.

Era una fría y nublada tarde en París, cuando él abordó el Uber rumbo al aeropuerto de París- Charles de Gaulle. Se sorprendió al ver el gran número de personas en las calles y en los parques; evidenciándose que los Parisinos no le dieron importancia a las medidas sanitarias voluntarias solicitadas por el presidente. “No me sorprendería que mañana mismo Macron imponga cuarentena obligatoria a todos”, se dijo a sí mismo.

A las cuatro de la tarde, partió hacia Estocolmo con la ilusión de una nueva vida.